

SIDNEY SHELDON

EL ESTRANGULADOR



se

Un estrangulador de mujeres anda suelto por las calles de Londres. La gente está aterrorizada. El inspector West, de Scotland Yard, está a cargo de la investigación, que se presenta muy difícil. West convoca a John Di Pietro, joven sargento que ha cobrado fama por su habilidad para resolver casos complicados. Juntos trabajan sin descanso, urgidos por la aparición de nuevos cadáveres. Saben apenas dos cosas: Que el asesino deja una marca en la espalda de cada una de las víctimas. Y que sólo mata cuando llueve...

OceanofPDF.com



Sidney Sheldon

El estrangulador

ePub r1.1

Titivillus 16.05.2017

OceanofPDF.com

Título original: *The Strangler*

Sidney Sheldon, 1993

Traducción: Nora Watson

Editor digital: Titivillus

Primer editor digital: Ariblack (r1.0)

ePub base r1.2



OceanofPDF.com

CAPÍTULO 1

Un estrangulador estaba suelto en las calles de Londres. Hasta el momento, había asesinado a seis mujeres; la policía estaba frenética y los habitantes de la ciudad, aterrorizados.

Los periódicos londinenses, desde luego, sacaban todo el partido posible de la situación. Los titulares rezaban:

¿CUÁNDO VOLVERÁ A ATACAR EL ESTRANGULADOR?
LONDRES BAJO UN MANTO DE TERROR
¿QUÉ HACE LA POLICÍA PARA PROTEGER A LAS MUJERES?

A Scotland Yard llegaban cientos de llamados telefónicos que preguntaban qué hacía la policía para atrapar al asesino. Llamados llenos de zozobra.

—Hay un merodeador en el patio de atrás de casa.

—Creo que por las noches alguien espía por la ventana de mi dormitorio.

—Mi vecino tiene cara de asesino. ¿No podría ser el estrangulador?

—¿Debería comprarme un perro guardián?

El inspector West de Scotland Yard tenía a su cargo el caso del estrangulador. Era el más difícil que le habían encomendado jamás. Y no había ninguna pista para encontrar al asesino. ¡Absolutamente ninguna!

La secretaria del inspector West dijo:

—Inspector, está en línea el comisionado de la Policía.

El inspector West ya había recibido como media docena de llamados del comisionado, y en cada oportunidad trató de explicarle que estaba haciendo todo lo posible por solucionar el caso.

Había llevado expertos en impresiones digitales a la escena de los crímenes, pero el asesino no había dejado huellas. Llevó perros de policía para tratar de que encontraran un rastro que condujera al asesino, pero fue inútil. Habló con informantes de la policía, con la esperanza de que alguno le diera un dato que llevara al homicida, pero esos individuos no le proporcionaron ninguna ayuda.

La identidad del asesino era un verdadero misterio; ese hombre daba muerte a sus víctimas y después se esfumaba sin dejar rastros. El inspector West tomó el teléfono y dijo:

—Buen día, comisionado.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó el comisionado—. Tiene que hacer algo. ¿Sabe cuánta presión recibo? Los periódicos me están volviendo loco. Nos hacen parecer estúpidos. Esta mañana me llamó la Reina en persona. ¿Me ha oído? ¡La mismísima Reina! Quiere saber qué estamos haciendo para atrapar a ese loco.

—Estamos haciendo todo lo...

—No es suficiente. Quiero resultados. Las mujeres tienen miedo de salir a la calle. Nadie sabe dónde dará el próximo golpe el estrangulados ¿No tiene ninguna pista?

—Ojalá la tuviera. Ese hombre da golpes al azar. Mata a sus víctimas y desaparece. —Se hizo un silencio muy largo—. Comisionado, ¿puedo pedirle un favor?

—Sí. Cualquier cosa que ayude a resolver este caso.

—He oído decir que un joven sargento de policía ha resuelto muchos casos antes. Me gustaría que lo transfirieran a mi Departamento.

—¿Cómo se llama?

—Sargento John Di Pietro. ¿Puede arreglarlo?

—Considérelo hecho. El sargento Di Pietro estará en su oficina dentro de una hora.

Exactamente una hora después, John Di Pietro se encontraba sentado en la oficina del inspector West. Di Pietro era un hombre joven, muy bien parecido y muy cortés.

El padre de Di Pietro era dueño de una fábrica de componentes electrónicos y había abierto una sucursal en Inglaterra con la esperanza de que su hijo se pusiera al frente. Pero al muchacho siempre le interesó más el crimen.

“Quiero poder ayudar a la gente.”

Su padre había discutido con él, pero todo fue inútil. John Di Pietro podía mostrarse muy obstinado cuando tomaba una decisión. Lo aceptaron en la fuerza policial y fue el responsable de resolver una media docena de crímenes.

La familia de John se sentía muy orgullosa de él. Pero a su madre le preocupaba la elección de su hijo.

—Hijo —dijo—, ¿tu trabajo no es muy peligroso?

—Créeme, mamá, yo soy muy prudente y cuidadoso. —Pero, en realidad, su trabajo era muy peligroso. Tradicionalmente, en Inglaterra los policías no portaban armas. Y se suponía que los delincuentes, tampoco. Por desgracia, en los últimos años se había producido un gran aumento de la violencia entre los malhechores: no sólo utilizaban pistolas sino también armas automáticas.

Varios policías perdieron la vida en cumplimiento del deber, y el comisionado había decidido que los policías portaran armas. Pero John no quería alarmar a su madre.

—No. Lo que yo hago no es nada peligroso — dijo.

John fue el responsable de aprehender a un ladrón de joyas que había eludido a la policía, a un traficante de drogas y a un asesino. En la fuerza policial lo respetaban mucho.

Ahora estaba sentado en la oficina del inspector West, jefe de Scotland Yard. El sargento Di Pietro se sentía un poco nervioso. Sentía gran respeto por el hombre que tenía delante.

—Supongo que está enterado de lo del estrangulador.

—Sí, señor. —*En Londres, todos sabían de la existencia del estrangulador.*

—Necesitamos su ayuda.

—¿Sí?

—Usted tiene muy buenos antecedentes.

—Gracias.

—Nuestro problema es que no tenemos pistas —dijo el inspector West, se puso de pie y comenzó a caminar por la habitación—. No sé si usted sabe algo sobre los asesinatos en serie, es decir, sobre los homicidas que matan a una persona después de otra.

—Sí, sé un poco sobre ese tema, señor.

—Entonces sabe que, por lo general, siguen un patrón. Por ejemplo, un autor de homicidios en serie puede matar sólo a prostitutas, o sólo a alumnas de colegio, o sólo a mujeres de la misma edad. Sigue siempre el mismo patrón.

—Sí, señor.

—El problema es que, en este caso, no existe ningún patrón. Algunas de las mujeres asesinadas eran viejas, otras eran jóvenes, algunas estaban casadas, otras eran solteras. Una era profesora de piano; otra, ama de casa; otra, modelo. ¿Entiende lo que quiero decir? No hay ningún patrón. Ese hombre da golpes al azar.

John Di Pietro frunció el entrecejo.

—Perdóneme, inspector, pero no estoy de acuerdo.

—¿Qué quiere decir?

—*Siempre* hay un patrón. Y nosotros tenemos que encontrarlo.

El inspector West se quedó mirándolo.

—¿Usted se cree capaz de encontrarlo?

—No lo sé, señor. Pero me gustaría intentarlo.

—Está bien. Mi secretario le dará una lista de las víctimas. Puede comenzar su investigación de inmediato.

El sargento Di Pietro se puso de pie.

—Sí, señor, y aprecio mucho esta oportunidad que me brinda.

—Hay dos cosas que debe saber —dijo el inspector West.

—¿Cuáles, señor?

—Cada una de las víctimas tenía una marca en la espalda.

—¿Qué clase de marca?

—No sabemos de qué es. Parece un moretón. Como si algo las hubiera golpeado en la espalda.

—¿Podría ser que les hubieran inyectado algo con una aguja?

—No. La piel no está rasgada. Ah, hay otra cosa —dijo el inspector West.

—¿Sí, señor?

—El estrangulador sólo mata cuando llueve.

A varios kilómetros de allí, en Sloane Square, un hombre se acercó a un puesto de diarios y observó los titulares:

VERIFIQUE LOS PRONÓSTICOS METEOROLÓGICOS
EL ESTRANGULADOR SÓLO MATA CUANDO LLUEVE

El hombre rió. Era cierto. Le gustaba estrangular a sus víctimas e inclinarles la cara hacia arriba, para que la lluvia del Señor les lavara los pecados.

Todas las mujeres eran pecadoras y Dios quería que las mataran. Él estaba haciendo un trabajo divino, librando al mundo del mal. No entendía por qué la policía lo buscaba, por qué querían castigarlo. Deberían recompensarlo por librarse de esas mujeres malvadas.

El nombre del asesino era Alan Simpson. Desde que era muy chico, siempre lo habían dejado solo. Su padre trabajaba muchas horas en una fábrica de jabón en las afueras de Londres. Se suponía que su madre se quedaba en casa para cuidarlo, pero cuando Alan llegaba de vuelta de la escuela, siempre encontraba el departamento vacío. Su madre había salido a alguna parte. Si Alan tenía hambre, debía prepararse él mismo algo para comer. La madre de Alan era joven y hermosa, y Alan la adoraba. Pero anhelaba que le prestara más atención.

—¿Estarás aquí cuando vuelva de la escuela, mamá?

—Por supuesto que sí, querido. —Y él le creía.

Pero ella nunca estaba.

—Prometiste que estarías aquí.

—Ya lo sé, hijo, pero se presentó algo importante. —Siempre se le presentaba algo importante—. Esta noche te prepararé tu comida favorita, querido.

Y él se ilusionaba muchísimo. Pero, por supuesto, su madre no estaba cuando él volvía. Salía muy temprano por la mañana y regresaba demasiado tarde para preparar la cena, y él y su padre debían contentarse con el contenido de algunas latas. Y cuando Alan fue mayor, él mismo preparaba la cena.

Alan se preguntaba qué sería lo que mantenía a su madre tan ocupada durante todo el día. Ella no tenía empleo, y el muchachito no imaginaba por qué estaba tanto tiempo ausente. Cuando cumplió doce años, su curiosidad pudo más y decidió averiguarlo.

Cierto día, cuando se suponía que debía estar en la escuela, se escondió en un callejón cerca del departamento y aguardó. Poco tiempo después, su madre salió del edificio, vestida con sus mejores galas. Comenzó a caminar por la calle como si estuviera apurada, y el muchachito la siguió, manteniendo una distancia prudencial para no ser visto. Comenzó a llover.

Su madre caminó dos cuabras, dobló a la izquierda y avanzó otras tres. Alan la vio entrar en un edificio de departamentos. *¿Adónde iría?*, se preguntó. No podía imaginar a quién iba a visitar. Conocía a todos sus vecinos, y ninguno vivía en ese edificio. Se quedó de pie, afuera, observando.

En el segundo piso había una ventana. Vio a un hombre de pie junto a ella, y de pronto, apareció allí también su madre. El chiquillo la observó con incredulidad, mientras su madre se arrojaba en brazos del hombre y lo besaba.

—¡Mamá! —exclamó con furia. De modo que era eso lo que había estado haciendo todo el tiempo su madre. En lugar de cuidar de él, traicionaba a su hijo y a su marido con otro hombre. Era una prostituta.

En ese momento, Alan Simpson juzgó que todas las mujeres eran prostitutas, que debían ser castigadas, que merecían la muerte.

Jamás permitió que su madre supiera que él había descubierto su secreto, pero a partir de ese día Alan la odió. Esperó tener edad suficiente para irse de su casa y comenzó a viajar y a hacer pequeños trabajos. Como no siguió estudiando en la escuela, su educación quedó incompleta y eso le impedía conseguir un buen empleo. Trabajó como botones en un hotel, como portero en una gran tienda y como empleado en una zapatería.

Era apuesto y tenía buenos modales, así que le fue bastante bien. Nadie sospechó que, en su interior, abrigaba un odio intenso hacia las mujeres.

Mientras trabajaba como empleado en un almacén, se le ocurrió a Alan Simpson esa brillante idea. Fue mientras observaba a las clientas que hacían compras para la cena. Pensó: *Van a cocinar para sus maridos y novios y fingir que son buenas esposas y novias, mientras todo el tiempo les son infieles. Por eso merecen la muerte.* Lo que lo frenaba para hacer algo al respecto era que no quería que lo pescaran.

Mientras pensaba eso, miró hacia afuera y vio que comenzaba a llover. Muchas de esas mujeres salían con paquetes, pero no tenían paraguas. En ese momento le llegó la inspiración a Alan Simpson.

Ya sabía cómo haría para matarlas sin que lo atraparan.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 2

El sargento John Di Pietro sabía, estaba convencido, de que debía haber un patrón en el método del estrangulador. ¿Cómo elegía a sus víctimas? ¿Cómo lograba acercarse lo suficiente para asesinarlas, sin que ellas dieran gritos pidiendo ayuda? Decidió empezar por el principio.

La primera víctima era un ama de casa. John fue a su casa. El marido abrió la puerta. Parecía no haber dormido en muchos días.

—¿Qué desea?

John le mostró su identificación.

—Soy el sargento John Di Pietro, de la Policía Metropolitana. ¿Podría hablar unos minutos con usted?

—Es sobre el asesinato de mi esposa, ¿verdad? Pase —dijo y condujo a John al living—. No imagino por qué alguien querría matarla. Era una mujer maravillosa. No tenía enemigos.

—Debió de haber tenido un enemigo —señaló John.

—Tiene que tratarse de un loco.

—Es una posibilidad —reconoció John—. Pero tenemos que investigar cada ángulo. ¿En los últimos tiempos se peleó con alguien?

—No.

—¿Recibió llamados telefónicos o correspondencia fuera de lo común?

—No.

—Por lo que usted sabe, ¿nadie la estaba amenazando?

—No lo creo... todos le tenían mucho afecto.

—¿Usted y su esposa se llevaban bien con los vecinos?

—Sí. Éramos muy amigos.

El hombre parecía experimentar un malestar mayor con cada pregunta. John decidió no presionarlo más. Allí no obtendría más información. Tal vez el hombre tenía razón. Quizá se trataba de un loco.

John fue a la casa de la siguiente víctima, una maestra de escuela. Vivía con sus padres, y ellos tampoco fueron de ninguna ayuda.

—Todo el mundo la quería —le dijeron a John—. ¿Por qué iban a querer asesinarla?

Eso era, precisamente, lo que John se proponía averiguar.

—¿No tenía enemigos?

—No.

John decidió visitar la escuela donde enseñaba. Habló con la directora.

—Estoy investigando el homicidio de la señorita Templeton —dijo John.

—Sí, qué cosa tan espantosa.

—¿Tiene alguna idea de quién puede haber querido matarla?

La directora vaciló un instante.

—No.

John advirtió esa vacilación.

—Usted iba a decirme algo.

La directora se sentía turbada.

—Bueno, no creo que deba decirlo.

—Cualquier cosa que sepa me será de gran ayuda.

—Lo cierto es que la señorita Templeton estaba teniendo problemas con su novio. Ella quería terminar con esa relación, pero él... bueno, se mostraba difícil en ese aspecto.

—Cuando usted dice difícil, ¿qué quiere decir exactamente?

—La golpeó.

—Entiendo. ¿Es un hombre violento?

—Sí, me temo que tiene un temperamento muy agresivo.

—Gracias por el tiempo que me ha brindado.

John volvió a ver a los padres de la señorita Templeton.

—Háblenme del novio de su hija —les dijo.

—Ralph Andrews. Ya no era su novio. Ella rompió con él.

—Al parecer, él seguía considerándose su novio.

—Sí, supongo que sí.

—Permítame preguntarle algo, señora Templeton. ¿Considera que Ralph Andrews es capaz de cometer un asesinato?

Hubo un largo silencio. Por último, la señora Templeton dijo:

—Sí, creo que sí.

Ralph Andrews era mecánico. John lo encontró trabajando en un taller de la Calle Mount. Andrews era un hombre corpulento, con hombros anchos y brazos grandes.

—¿Señor Andrews?

—¿Sí?

John Di Pietro se identificó.

—Quiero hablarle sobre el homicidio de la señorita Templeton.

—Merecía morir —dijo Andrews—. Prometió casarse conmigo, y después cambió de idea.

—¿Por eso la mató?

—¿Quién dijo que yo la maté?

—¿No lo hizo?

—No. Alguien más lo hizo. Probablemente, algún otro novio al que le dio problemas.

—¿Tenía otros novios?

—Es probable. Usted es el detective. ¿Por qué no lo averigua?

A John no le gustó la actitud de ese hombre. Intuyó que era capaz de asesinar.

—Señor Andrews, ¿dónde estaba usted hace cinco noches, cuando asesinaron a la señorita Templeton?

—Esa noche fui a una partida de naipes. Ella había quedado en salir conmigo pero rompió ese compromiso, así que fui a jugar a las cartas con los muchachos.

—¿Cuántos eran los que jugaban?

—Yo y otros cinco.

—¿Puede darme sus nombres, por favor?

—Sí, claro.

John Di Pietro los anotó, pero tuvo la sensación de que estaba perdiendo el tiempo. Andrews jamás podría haber conseguido que cinco testigos mintieran a favor suyo. Debía de estar diciendo la verdad.

John estaba en lo cierto. Los otros dijeron que Andrews había estado con ellos esa noche. No podía tener nada que ver con el homicidio.

John estaba de nuevo en fojas cero. Verificó si las otras víctimas se conocían entre sí, pero el resultado fue negativo. Investigó si iban a la misma peluquería o tenían el mismo médico. Cada pista demostraba ser negativa. No encontraba ninguna conexión entre las mujeres.

Cuando el sargento John Di Pietro volvió a su oficina, lo esperaban varios periodistas.

—Nos hemos enterado de que le han asignado el caso —dijo uno de ellos. Era un periodista detestable llamado Billy Cash.

—¿Qué está haciendo para atrapar al estrangulador?

—Somos muchos los que trabajamos en este caso —dijo John—, y hacemos todo lo que está a nuestro alcance.

—¿No es demasiado joven para manejar un caso tan importante como éste?

—La edad no tiene nada que ver —saltó John.

No le gustaba hablar con periodistas. El caso estaba recibiendo demasiada publicidad. Entró en su oficina y mandó llamar al detective Blake.

—De ahora en adelante —le dijo John—, ocúpese usted de los hombres de prensa. Yo no quiero hablar con ellos.

—Correcto. Pueden ponerse muy agresivos.

—Eso no me importa. Lo que no quiero es que alarmen a las mujeres de esta ciudad. Las cosas ya están bastante mal —dijo y estrelló el puño en el escritorio—. Quiero atrapar a ese loco.

—Por ser loco, es bastante inteligente —dijo el detective Blake—. No tenemos idea de quién es, dónde está o por qué asesina.

—Cuando sepamos por qué mata sólo cuando llueve, sabremos mucho más sobre él —dijo John.

A John Di Pietro le resultaba difícil entender que una persona pudiera matar a otra, e incluso más difícil entender por qué se mataba a mujeres inocentes.

John provenía de una familia feliz. Tenía tres hermanas y padres afectuosos. La familia se había dirigido primero a los Estados Unidos, y a John le había gustado vivir allí. Después se trasladaron a Londres.

John había leído mucho sobre Inglaterra, así que sabía bastante sobre el nuevo país en el que viviría. Los británicos y los norteamericanos eran bastante distintos los unos de los otros.

En el siglo XVIII, Norteamérica pertenecía a Inglaterra. Por esa época, Inglaterra dominaba casi todo el mundo. Sus colonias incluían Australia, India y Norteamérica.

Norteamérica estaba poblada por personas que habían huido de sus propios países para hallar libertad religiosa. Los norteamericanos eran muy independientes.

El rey Jorge, monarca de Inglaterra, les tenía muy poco respeto a los norteamericanos. Al sentir falta de dinero, el Rey decidió conseguir más gravando el té con impuestos, de modo que cuando los norteamericanos recibían su té de Inglaterra, debían pagar más dinero por él.

Cuando los norteamericanos se enteraron, tomaron muy mal la noticia. Un cargamento de té llegó al puerto de Boston; en lugar de pagar el nuevo impuesto, los norteamericanos arrojaron el té al mar. Así dio comienzo la Guerra de la Independencia Norteamericana.

El rey Jorge se puso furioso. Mandó sus tropas a Norteamérica para enseñarles una lección. Pero los norteamericanos, aunque con menos armas, derrotaron a los soldados británicos y declararon su independencia de Inglaterra. Y así fue como Inglaterra perdió a una de sus colonias más ricas. ¡Y todo por un impuesto al té!

Para John, esa historia era fascinante. Advirtió que existían muchas diferencias entre los británicos y los norteamericanos. Estos parecían más

abiertos y cordiales. Los ingleses, en cambio, se mostraban reservados y pomposos hasta que se los conocía bien.

Los Estados Unidos le habían gustado mucho a John, y también Inglaterra le gustaba muchísimo. Pero lo que no le gustaba de Inglaterra era el clima. En los Estados Unidos había veranos cálidos, con sol a pleno en los meses de junio, julio y agosto. En Inglaterra, hacía frío durante casi todo el verano, y, además, llovía.

Eso le recordó al estrangulador. *¿Ese hombre habría amado alguna vez en su vida? ¿Lo habrían golpeado cuando era chico? ¿Odiaba a su madre? ¿Alguna mujer debió de hacerle algo espantoso, y por eso se venga en otras mujeres,* pensó John.

Se echó hacia atrás en su asiento y pensó en el asesino. Nadie le había visto la cara y, por lo tanto, no existía ninguna descripción de su persona. Se había acercado a sus víctimas, las había asesinado y luego desaparecido por completo. No dejó pistas en la escena de los crímenes. ¡Nada! *Con razón los periódicos hacen tanto barullo,* pensó John. Hasta ese momento, el homicida se había mostrado muy astuto.

En la pared de la oficina que le asignaron a John había un mapa de la ciudad. Se habían colocado tachuelas en los sectores donde habían asesinado a las víctimas.

—Mire esto —dijo John—. ¿Nota algo?

Su asistente, el detective Blake, frunció el entrecejo.

—Las tachuelas están colocadas en círculo alrededor de Whitechapel.

Whitechapel era un sector pobre y desagradable de Londres, lleno de casas y departamentos en ruinas.

Tal vez el asesino vive allí cerca. Tal vez conoce a sus víctimas. John Di Pietro decidió visitar Whitechapel, con la esperanza de encontrar una pista que lo condujera al asesino.

Allí se dirigió en un auto policial sin marcas, y con él recorrió las calles tratando de recibir una impresión de la zona. ¿Vivía allí el estrangulador, o sólo iba allí y elegía sus víctimas al azar?

John Di Pietro y el detective Blake recorrieron las calles de Whitechapel, pasaron frente a mueblerías, florerías, almacenes y una ferretería.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó el detective Blake.

Ese, desde luego, era el problema.

—No estoy seguro. —Esperaba que el hecho de estar en el vecindario donde las víctimas habían muerto le proporcionara cierta dosis de inspiración. Pero no había nada sospechoso a la vista. Ninguna pista.

¿Cómo encontrar a un hombre sin rostro, un hombre anónimo, en una ciudad de millones de habitantes?

Tendremos que confiar en la suerte, pensó el sargento Di Pietro. *Quizás ese hombre se equivocará o se descuidará*. Pero lo cierto era que, hasta ese momento, el estrangulador se había mostrado demasiado escurridizo.

—Tal vez él piense que ya ha matado demasiado —dijo el detective Blake—. A lo mejor se ha ido y ya no habrá más muertes.

Comenzó a llover.

El asesino estaba a punto de dar otro golpe.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 3

Alan Simpson sintió la suave lluvia y su corazón se llenó de gozo. Dios le estaba diciendo que había llegado el momento de librar al mundo de otra mujer malvada. Un cosquilleo de excitación le inundó el cuerpo.

Echó a andar debajo de la lluvia y se apresuró hacia el lugar donde siempre encontraba a sus víctimas. El periódico había asegurado que no existía ninguna relación entre las víctimas. Pero, desde luego, la había. La policía era demasiado tonta para advertirla. Jamás descubrirían cuál era.

El Supermercado Mayfair estaba en el corazón mismo de Whitechapel. Allí había encontrado a sus víctimas. Cuando Alan Simpson llegó al supermercado, entró en él.

Lentamente, caminó por los pasillos mientras observaba a las mujeres que llenaban sus bolsas de compras. Eran prostitutas, todas lo eran. Simulaban ser esposas fieles y les preparaban la cena a sus maridos o novios, quienes ni siquiera sospechaban de ellas. Bueno, él no era ningún ingenuo. Las conocía por lo que eran. Y una de ellas moriría esa noche.

Las observó bien para decidir cuál sería. Había una mujer mayor, de pelo entrecano, que elegía verduras. Había una mujer joven frente al mostrador de la carnicería, comprando bifés, y después Alan vio lo que realmente buscaba.

Tenía alrededor de treinta años, estatura mediana, usaba anteojos. Vestía blusa y falda ajustada. *Tú eres la elegida*, pensó. Dentro de algunos minutos estarás muerta.

Se llamaba Nancy Collins. Era enfermera y trabajaba en un hospital ubicado a pocas cuadras de su casa. Nancy, por lo general, trabajaba por las noches, pero ése era su día franco, y tenía una cita con su novio.

El hombre con el que estaba comprometida era un viajante de comercio, y por eso no podían verse con tanta frecuencia como deseaban. Nancy esperaba con impaciencia estar con él esa noche.

Pensaba prepararle una cena muy rica. Todos sus platos preferidos: carne asada, puré de papas, ensalada, y una torta de chocolate que había comprado. Sí, sería una velada maravillosa. Después de cenar, escucharían música en el departamento, cómodamente sentados.

Cuando terminó sus compras, salió con los brazos llenos de paquetes y vio que llovía. ¡*Maldición!*!, pensó. *Espero que esto no nos arruine nada.* No había llevado impermeable y su departamento quedaba a cuatro cuadras.

Y, bueno, no había más remedio, se mojaría. Cuando echó a andar por la calle, un joven de aspecto muy agradable apareció junto a ella. Llevaba un paraguas.

Le sonrió y le dijo con tono cordial:

—Buenas tardes. Parece que se va a mojar. ¿Por qué no me permite ayudarla? —Levantó el paraguas y lo sostuvo sobre la cabeza de ella.

—Muy amable de su parte —dijo Nancy. Eso demostraba que algunos hombres todavía seguían siendo caballeros.

—¿Tiene que ir muy lejos?

—A cuatro cuadras de aquí —respondió Nancy.

—Bueno, yo no tengo apuro. ¿Puedo acompañarla hasta su casa?

La conmovió ese generoso ofrecimiento. Comenzaba a llover más fuerte.

—Se lo agradecería mucho —dijo ella.

—Sería una pena que se le mojara ese vestido tan bonito.

Es un encanto, pensó Nancy.

—Me llamo Nancy Collins.

—Y yo, Alan Simpson. —No era peligroso decirle su nombre porque no viviría lo suficiente para contárselo a nadie.

Echaron a andar por la calle, ahora casi desierta por la lluvia.

—¿Usted vive por aquí? —preguntó Nancy.

—No muy lejos —contestó el desconocido. Habían llegado a una esquina.

—Por aquí —le indicó Nancy.

Doblaron y siguieron por la otra calle. Estaba completamente desierta. Todo parecía inocente mientras los dos caminaban por la calle. Nada indicaba que un horrible asesinato estaba a punto de ocurrir.

El hombre dijo:

—¿Quiere que le lleve los paquetes?

—No, gracias. Yo puedo hacerlo. Estoy acostumbrada.

—¿En qué trabaja? —preguntó el hombre.

—Soy enfermera.

—Ah, entonces debe de trabajar en el hospital que está aquí cerca.

—Sí. ¿Qué hace usted?

El hombre sonrió.

—Trabajo en una funeraria.

Ella se volvió y lo miró.

—¿En una funeraria?

—Sí. En el fondo, los dos trabajamos en el mismo negocio, ¿no es verdad? Los dos nos enfrentamos con la muerte.

Hubo algo extraño en la forma en que él lo dijo. Nancy comenzó a sentir miedo. ¿Se había equivocado al aceptar la ayuda de ese desconocido? Parecía inofensivo y, sin embargo... Comenzó a caminar un poco más de prisa. Él se apresuró para mantenerse a la par y sostener el paraguas sobre su cabeza.

Ella había pensado invitarlo a tomar una taza de té como agradecimiento a su ayuda, pero decidió que no era una buena idea. Después de todo, era un completo desconocido. No sabía nada de él.

Habían avanzado dos cuadras. El departamento de Nancy quedaba a sólo dos cuadras más.

—Estas calles están muy oscuras —dijo el desconocido, y tenía razón. A los chicos les gustaba tirar piedras contra los faroles de las calles como

diversión. Ella había presentado muchas quejas en ese sentido, pero ninguna autoridad municipal había hecho nada al respecto.

Llovía cada vez más fuerte y había un viento terrible.

Dentro de uno o dos minutos estaré de vuelta en casa, pensó Nancy.

El desconocido parecía tener problemas con su paraguas. Se detuvo y se colocó detrás de ella por un instante. De pronto, Nancy sintió un golpe fuerte en la espalda. Le dolió tanto que gritó y soltó los paquetes. El hombre le había clavado la punta filosa del paraguas en la espalda.

—¿Qué está ...?

Pero él ya había sacado un trozo de cuerda y se lo pasaba alrededor del cuello.

—¡No! —gritó ella, pero no había nadie para oírla. La cuerda se ajustó alrededor de su cuello y ella comenzó a ahogarse y a no poder respirar. Trató de luchar, de resistirse, pero el estrangulador era demasiado fuerte.

Ahora él le sonreía y apretaba la cuerda cada vez con más fuerza. Y Nancy comenzó a perder el sentido. Él vio cómo la luz se apagaba en sus ojos. Entonces la soltó y dejó que su cuerpo se desplomara en el suelo.

Con mucho cuidado, le levantó la cara hacia arriba para que la lluvia le lavara los pecados.

Tomó la cuerda y se la puso de vuelta en el bolsillo. A continuación, el estrangulador hizo una cosa muy extraña: levantó las bolsas con artículos de almacén, recogió lo que se había caído y volvió a ponerlo en las bolsas y luego se perdió en la noche.

Mantuvo el paraguas bien alto para no mojarse. Diez minutos después estaba en su departamento y colocaba las bolsas en la piletta de la cocina.

Lo había planeado todo con mucho cuidado. Después de cada homicidio, siempre recogía las compras de sus víctimas y se las llevaba, para que la policía no tuviera ninguna pista con respecto a de dónde venían sus víctimas. No cabía ninguna duda: ¡él era mucho más astuto que la policía!

Se puso a sacar las cosas de las bolsas. Le resultaba divertido ver lo que las mujeres habían planeado preparar para la cena. Esta vez era un trozo de

carne, papas, lechuga y tomate, y una torta de chocolate. Le encantaba la torta de chocolate.

Alan Simpson comenzó a prepararse la cena.

El cuerpo de Nancy Collins fue hallado por un hombre que regresaba de su oficina y se dirigía de prisa hacia su casa. Cuando vio que la mujer estaba muerta, enseguida buscó un teléfono. Estaba tan alterado que casi no podía hablar.

—¿Policía? Yo... quiero informar de un asesinato. Al menos, creo que es un asesinato. La mujer está muerta.

—¿Quién está muerta?

—Esa mujer. Su cuerpo está tendido en la calle. ¡Apúrense!

—Cálmese, por favor, y deme la dirección.

El sargento John Di Pietro llegó quince minutos después en un patrullero policial. Ordenó que los agentes acordonaran el área. Observó bien el lugar y los alrededores en busca de pistas, pero no encontró ninguna.

John vio la marca de la cuerda alrededor del cuello de la muerta.

—Fue estrangulada —dijo—, pero falta la cuerda.

Llegó una furgoneta del médico forense para llevarse el cadáver. Parecía que no había nada más que John pudiera hacer en la escena del crimen. De pronto, vio un tomate en la calle. John lo recogió y lo observó con atención, como si pudiera decirle algo.

—¿Eso es una pista? —preguntó el detective Blake.

John no estaba seguro. ¿El tomate pertenecía a la mujer muerta, o se le había caído en la calle a alguna otra persona? ¿Y qué podía estar haciendo la víctima con un único tomate? ¿Alguien saldría en pleno aguacero para comprar un solo tomate? No tenía sentido.

Mientras John reflexionaba sobre esto, oyó el ruido de automóviles que llegaban y levantó la vista. Vio periodistas de medios de prensa y de televisión, con cámaras y micrófonos. *¿Cómo se enteraron tan rápido del homicidio?*

Comenzaron a gritarle preguntas a John:

—¿Se trata de otro crimen del estrangulador?

—¿Conoce el nombre de la víctima?

—¿Esta vez tiene algunas pistas?

—¿No admite que el estrangulador es demasiado inteligente para ustedes?

Ese último comentario lo hizo un periodista llamado Billy Cash, que trabajaba para un periódico sensacionalista llamado *The London Chronicle*. Billy Cash no hacía más que escribir artículos sobre la ineficiencia del Departamento de Policía. Era un hombrecito pequeño y feo, vestido con un traje gris viejo y arrugado.

El sargento John Di Pietro controló su furia.

—El público puede tener la tranquilidad de que estamos haciendo todo lo que está a nuestro alcance para atrapar al asesino.

—Eso significa que no tiene ninguna pista — gritó Billy Cash.

John no dijo nada sobre el tomate. Después de todo, ¿cómo saber si era o no una pista? Una cámara de televisión lo enfocaba.

—Sargento, ¿qué está haciendo el Departamento de Policía para proteger a las mujeres de esta ciudad de futuros homicidios?

Era una pregunta con trampa. Él no podía decir demasiado ni demasiado poco. Si prometía que las mujeres estarían a salvo, y se producía otro estrangulamiento, haría el papel del tonto. Si reconocía que las mujeres de Londres no estaban a salvo, provocaría pánico.

—No tengo libertad para decirle lo que estamos haciendo —dijo John Di Pietro—, porque eso podría ayudar al homicida.

—¿Quiere decir que espera atraparlo pronto? —dijo Billy Cash.

—Saquen ustedes sus propias conclusiones, damas y caballeros —dijo el sargento John Di Pietro, se metió en el patrullero policial y se alejó con el detective Blake.

A John Di Pietro no le gustaba nada la forma en que se estaban desarrollando los acontecimientos. Sentía pena por la pobre mujer que acababan de asesinar, y deseaba fervientemente encontrar a su asesino.

Quería detener al loco que merodeaba por las calles y mataba víctimas al azar.

Eran muchas las cosas que John se preguntaba:

¿Cómo elegía ese individuo a sus víctimas? ¿Cómo hacía para acercarse lo suficiente sin que ellas gritaran o huyeran? Era muy extraño. ¿Usaba alguna clase de uniforme para no despertar sospechas? ¿O vivía en el vecindario y conocía a sus víctimas? No tenía respuestas a esas preguntas.

—¿El informe de la autopsia ya está listo? — John había estado impaciente por leer ese informe.

—Aquí está, sargento. Pero no hay nada nuevo. Es igual a los otros. El hombre tenía razón.

Era exactamente igual a los otros informes que John había leído. Esta última víctima también había muerto por estrangulación. Tenía marcas rojas en el cuello, producidas por la cuerda que la había estrangulado. Había un detalle muy extraño que aparecía también en todas las otras autopsias: una pequeña magulladura en la espalda. La piel no estaba desgarrada, de modo que habían golpeado a la víctima con algo a través de la ropa. De todos modos, no era un golpe suficientemente fuerte como para matar a la víctima.

—Eso es muy desconcertante —dijo John—. ¿Por qué tienen todas las víctimas la misma marca en la espalda? ¿Y qué produjo esa marca? —Él no tenía la respuesta. Otra cosa que preocupaba a John era la razón por la que los homicidios siempre tenían lugar cuando llovía. Había oído hablar de lunáticos que daban el golpe cuando había luna llena. Se suponía que la Luna afectaba sus sentidos. Pero, ¿por qué habría de matar, un hombre, cuando llovía? ¿Podría ser porque la lluvia lo deprimía, o existiría otra razón?

El sargento John Di Pietro durmió muy mal esa noche.

Cuando John despertó a la mañana siguiente, lo primero que hizo fue abrir el periódico y fijarse en el pronóstico meteorológico. Se le oprimió el corazón cuando lo leyó.

HOY, NUBLADO. PROBABILIDAD DE CHAPARRONES ESTA NOCHE

¿El asesino volvería a dar un golpe tan pronto?

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 4

Ella no tenía la menor idea de que sería la siguiente víctima del estrangulador. Se llamaba Akiko Kanomori, era muy linda y tenía veinticuatro años. Era escultora, y sabía que algún día sería famosa.

Sus trabajos habían merecido elogios de los críticos de arte, y había presentado una muestra de sus obras en una de las galerías locales.

—Es usted muy talentosa —le había dicho el dueño de la galería de arte—. Algún día será una escultora muy importante.

Akiko se había ruborizado.

—Gracias —dijo.

Su trabajo lo era todo para ella. Deseaba mucho casarse y tener hijos, pero todavía no había conocido a ningún hombre al que amara lo suficiente como para casarse con él. Akiko había recibido varias propuestas de matrimonio, pero las rechazó todas.

—¿Qué estás esperando? —le preguntó su padre.

—Espero al hombre adecuado —respondió Akiko.

También su madre insistía con el tema.

—Has tenido tantas propuestas matrimoniales, Akiko, podrías casarte con un banquero, o un médico, o...

—Mamá, no estoy enamorada de ninguno de ellos.

—No, claro. Estás enamorada de tus esculturas.

Y, en cierta forma, era cierto. A Akiko le encantaba crear hermosas obras con las manos. Era casi como crear vida.

—Deberías tener a tu lado a un hombre de carne y hueso —le dijo su padre.

Sus padres la fastidiaron tanto con ese asunto, que Akiko finalmente decidió que estaría mejor viviendo sola. Encontró un pequeño departamento en Whitechapel y se mudó a él.

Era perfecto para ella porque, además de un pequeño living y dormitorio, tenía una habitación muy grande que podía usar como taller para sus esculturas. Sus trabajos tenían tanto éxito que siempre se encontraba muy atareada.

—Yo puedo vender todas sus obras —le dijo su *marchand*—. ¿No puede trabajar más de prisa?

—No —contestó Akiko—. Si me apuro, las esculturas no me saldrán tan bien. Y quiero que sean perfectas.

—Por supuesto. Tiene razón —se disculpó el hombre—. A propósito, uno de mis mejores clientes quiere que le haga una estatua de la diosa Venus para el jardín. ¿La hará?

—Sí. Empezaré enseguida.

Akiko había empezado a trabajar en la escultura, pero se sentía inquieta. ¿Sería una premonición? ¿La sensación de que algo terrible estaba a punto de pasarle?

Sea como fuere, descubrió que no podía seguir trabajando. *Tengo que salir del departamento*, pensó Akiko. Miró por la ventana. Estaba nublado, pero no amenazaba lluvia.

Creo que iré a caminar un rato, pensó Akiko. Salió. Una vez en la calle, se topó con su vecina, la señora Goodman.

—Buenos días —dijo la señora Goodman—. ¿Qué hace aquí afuera? Por lo general, se queda todo el día trabajando en su estudio.

—Ya lo sé —dijo Akiko—. Salí porque me sentía un poco inquieta.

—¿Adónde va?

Era una buena pregunta. En Londres había tantos lugares para ir. Los primeros días, después de su llegada, Akiko había pasado semanas explorando la ciudad y probando diferentes restaurantes con amigos.

—¿Le gusta la comida italiana?

—Me encanta —respondió Akiko.

—Entonces vayamos a Cecconi's.

La comida era maravillosa.

—¿Le gusta la comida hindú? Vayamos a la Bombay Brasserie.

La comida era un poco picante, pero deliciosa. Cenaron también en Le Gavroche y en Wheeler's.

Pero, desde luego, en Londres había muchas más cosas que hacer además de comer. Akiko fue al Palacio Buckingham y permaneció un rato en la calle viendo el cambio de guardia.

Fue a la catedral St. Paul, y era tan grande que tardó una hora en recorrerla.

Visitó la Torre de Londres y la Abadía Westminster.

Había también muchas cosas de carácter educativo que valían la pena ver.

—¿Has estado en el Museo Británico?

—No.

—Te llevaré en la hora libre que tengo para almorzar —dijo la amiga de Akiko.

—Me encantará.

Una vez dentro del museo, Akiko se dio cuenta de que era absurdo tratar de recorrerlo en sólo una hora: ¡hacía falta por lo menos una semana, un mes, dos meses!

Estaba repleto de cosas maravillosas de épocas remotas, y parecía contener toda la historia de Londres.

Como es natural, a Akiko le interesaba el arte.

—Quiero ir a la Galería Tate, y al Museo Victoria y Alberto —dijo.

Había una inmensa tienda con diferentes departamentos llamada Harrod's, y era increíble. Cuando Akiko trató de describírsela después a otra persona, y le preguntaron cómo era de grande, ella respondió:

—No termina nunca.

Allí se vendía prácticamente todo lo imaginable: ropa y muebles, discos y libros, comestibles, pianos y caramelos. Era una cornucopia de delicias.

La campiña inglesa era espectacular, del verde más maravilloso que Akiko había visto en su vida. Cierta fin de semana, Akiko oyó hablar de una

pequeña ciudad encantadora llamada Bath.

—¿Por qué no nos vamos allá por uno o dos días?

Y, así, fueron a Bath y se alojaron en el Royal Crescent Hotel, donde les dieron un baño con sauna privada.

Akiko visitó el Castillo de Windsor, donde habitaba la Familia Real. Sí, ¡Inglaterra era un país maravilloso!

Ese día particular en que Akiko sentía cierto desasosiego, decidió que quería visitar de nuevo la Torre de Londres, donde se guardaban las joyas de la Corona.

Así que cuando su vecina, la señora Goodman, le preguntó adónde iba, Akiko le respondió:

—A la Torre de Londres.

—Me parece bien. Trabajas demasiado. Una muchacha bonita como tú debería tener un novio o un marido.

La señora Goodman hablaba como los padres de Akiko.

—No tengo ningún apuro, señora Goodman.

Akiko tomó un ómnibus y treinta minutos después se bajó frente a la enorme torre. Había una cola de turistas que aguardaban entrar, y ella ocupó su lugar. Algunos metros delante de ella había un joven delgado y atractivo con un paraguas, pero ella no le prestó atención.

Alan Simpson no advirtió a la bonita muchacha japonesa, que estaba de pie, cerca de él. Estaba muy ocupado pensando en la Torre de Londres.

Iba allí con frecuencia, y esa visita siempre le resultaba estimulante. Ese era el lugar donde, durante cientos de años, los reyes habían mantenido encerradas a sus esposas y amantes, y muchas veces las habían hecho decapitar. Le gustaba imaginar el momento en que esas cabezas se desprendían del cuello y rodaban por el piso. *Esas prostitutas se lo tenían merecido. Y los reyes nunca fueron castigados por ello*, pensó Alan Simpson. *Ellos administraban justicia, tal como lo estoy haciendo yo.*

Paseó la vista por entre el gentío de turistas, y pensó: *si tan sólo supieran quién soy, todos gritarían y huirían. Soy más poderoso que ninguno de ellos. Soy tan poderoso como los antiguos reyes.*

La multitud comenzó a desplazarse por las habitaciones de la vieja torre, y en cada una Alan Simpson sintió un estremecimiento. *Yo debería haber vivido en aquella época, pensó. Habría sido rey.*

Una mujer lo rozó al pasar y dijo:

—Perdón.

Alan Simpson sonrió.

—No es nada.

Esas mujeres no corrían ningún peligro. Él sólo atacaba de noche, y bajo la lluvia. Alan Simpson pensó, muy contento: *Esta noche. El pronóstico meteorológico dijo que esta noche lloverá.*

Akiko tomó té en una pequeña tienda, cerca del Museo Británico. Le encantaba el té inglés. Con él, servían pequeños sándwiches, *scons* con dulce y masas. Realmente era un festín. Pero se cuidó de no comer demasiado para no engordar, porque estaba muy orgullosa de su figura.

Se sintió mejor después de tomar el té. *Debería volver a mi trabajo, pensó Akiko. Tengo que terminar la escultura que estoy haciendo.* El dueño de la galería pensaba hacer otra exposición dos semanas después, y Akiko quería tener todo listo para entonces. La cuenta del té era de tres libras. Londres era una ciudad muy cara. Akiko pagó y tomó un ómnibus de vuelta a su casa.

Akiko trabajó en la nueva escultura hasta que comenzó a oscurecer. Estaba quedando muy bien. *Creo que podré terminarla mañana, pensó.* Guardó todas sus herramientas de modelar y se lavó manos para sacarse la arcilla.

Esa noche no tenía nada que hacer. *Creo que me quedaré en casa y veré televisión, pensó Akiko. Primero me prepararé algo de comer.* Entró en la cocina y abrió la alacena, pero no encontró allí casi nada. *Saldré a comprar*

algo, decidió. Había un supermercado a sólo cinco cuadras. Se llamaba Supermercado Mayfair.

El Supermercado Mayfair estaba repleto de gente. Akiko tomó un carrito de compras y recorrió los distintos sectores, mientras trataba de decidir qué cocinar para la cena. *Creo que prepararé pollo sukiyaki*, pensó. Seleccionó fideos, verduras y salsa de soja, y se acercó al mostrador de venta de carne.

El empleado que la atendió fue muy amable.

—¿En qué puedo servirla?

—Me gustaría una presa de pollo para freír, por favor.

—Tenemos pollos muy buenos. —Seleccionó una pechuga y se la mostró.

—Sí, ésa estará perfecta, gracias. ¿Me la podría cortar, por favor?

—Por supuesto, señorita.

Algunos minutos después, Akiko tenía ya todo lo que necesitaba y se disponía a salir del mercado. Se encaminó a la puerta y allí se frenó, con el entrecejo fruncido. Había comenzado a llover. *Ojalá hubiera traído impermeable*, pensó. *Me empaparé. Bueno, no puedo quedarme aquí eternamente. Será mejor que emprenda el regreso a casa.*

En ese momento, un joven de aspecto agradable, que también estaba en el supermercado, le dijo:

—Llueve muy fuerte, ¿verdad?

—Sí. Me temo que sí.

—¿Tiene auto?

—No —respondió Akiko.

—Qué pena —dijo él y la miró. Levantó su paraguas—. Bueno, yo al menos tengo paraguas. ¿Vive cerca de aquí?

—A unas cinco cuadras, en esa dirección —dijo Akiko y señaló.

—¡Estupendo! Yo también vivo en esa dirección. ¿Me permite ayudarla? Puedo sostener el paraguas sobre su cabeza.

—Es muy amable de su parte.

Él le sonrió.

—En absoluto, será un placer.

Salieron a la lluvia, y Akiko se alegró de haber encontrado refugio debajo del paraguas del desconocido.

—¿Puedo ayudarla con la bolsa de compras? — preguntó Alan Simpson.

—No. Gracias. Puedo llevarla perfectamente.

Mientras caminaban por la calle bajo el aguacero, el desconocido dijo:

—Eso tiene de bueno Londres. Si a uno no le gusta el clima, basta con esperar un minuto y seguro que cambiará.

—Tiene razón —dijo Akiko con una sonrisa.

Akiko no advirtió que el desconocido la observaba con atención por el rabillo del ojo. Pensaba: *Tú morirás esta noche.*

Akiko, en cambio, pensaba: *Qué muchacho tan agradable. Cuando lleguemos a casa, tal vez lo invitaré a entrar y a tomar una taza de café. Se ha tomado muchas molestias por mí.*

Llegaron al final de la cuadra y cruzaron la calle. Cuando pasaron por el lugar donde Alan Simpson había matado a su última víctima, él sonrió para sí. ¡Cómo gritaría esa muchacha si sólo supiera la verdad! Bueno, la sabría dentro de un minuto. Más adelante había una calle oscura donde unos muchachitos traviesos habían roto los faroles. Allí sucedería.

Al llegar a mitad de cuadra, Alan Simpson se puso un momento detrás de Akiko y ella sintió un intenso dolor en la espalda. La bolsa se le cayó al suelo.

—¿Qué...?

Alan Simpson sacaba en ese momento una cuerda del bolsillo.

—¿Qué está...?

Antes de que Akiko tuviera tiempo de decir nada, sintió la cuerda áspera alrededor del cuello. El hombre se erguía junto a ella, sonriendo, y ajustaba cada vez más la cuerda. Akiko trató de gritar pidiendo ayuda, pero no pudo moverse. La cuerda le apretaba más y más y Akiko comenzó a perder el conocimiento. *Voy a morir, pensó. Voy a morir.*

CAPÍTULO 5

Una luz muy intensa brillaba frente a su cara, y alcanzó a oír una serie de ruidos alrededor. Pensó: *He muerto, y estoy en un lugar extraño*. Casi tenía miedo de abrir los ojos.

—Está viva —oyó que decía una voz. Reunió el coraje suficiente para abrir los ojos. Estaba tendida sobre la vereda, bajo la lluvia. Alguien le había colocado una chaqueta debajo de la cabeza. Había como una docena de hombres de pie, alrededor de ella. Y todos parecían hablar al mismo tiempo.

Akiko trató de incorporarse.

—¿Qué... qué sucedió? —preguntó. Y de pronto lo recordó. Todavía le parecía sentir la cuerda áspera que se le incrustaba en el cuello, y ver a ese hombre malvado que le sonreía. Había tratado de gritar... y de pronto todo fue oscuridad.

Un joven muy apuesto ayudó a Akiko a ponerse de pie.

—¿Se siente bien? —le preguntó.

—Yo... no sé —contestó ella con voz temblorosa.

—Me llamo John Di Pietro. Trabajo en Scotland Yard.

Akiko lo miró con temor.

—¿Dónde está el hombre que trató de matarme?

—Me temo que escapó —respondió John—. Usted es una jovencita muy afortunada. Un taxi acertó a pasar justo cuando él trataba de matarla. Y cuando el chofer del taxi vio lo que ocurría, frenó el auto. El asesino entró en pánico y huyó. El chofer del taxi llamó a la policía, y aquí estamos.

Akiko hizo una inspiración profunda.

—Pensé que moriría.

—Estuvo a punto de hacerlo —dijo John.

Miró a la muchacha con atención. Era joven y absolutamente hermosa. John se preguntó si estaría casada.

Akiko miraba al sargento Di Pietro, y pensaba: *Qué joven tan apuesto. Y parece tan agradable y atento.* Se preguntó si estaría casado.

John estaba impaciente por interrogarla, por conseguir una descripción del asesino. Pero vio que ella estaba próxima a la histeria, y decidió esperar hasta la mañana. Entonces la interrogaría.

John examinó el lugar con la vista por si el asesino, en su apuro, había dejado algunas pistas. Nada. Vio los comestibles que se habían caído de la bolsa de compras. Estaban diseminados por el suelo.

John frunció el entrecejo.

—¿Esos comestibles son suyos?

A Akiko le sorprendió la pregunta.

—Sí.

John recordó el tomate que había visto en la escena del último crimen y, de pronto, la cara se le iluminó.

—¿Dónde los compró? —preguntó.

Akiko lo miró, intrigada.

—¿Que dónde los compré?

—Sí. Los comestibles. ¿Dónde suele comprarlos?

—En el Supermercado Mayfair. Pero no veo qué...

—No tiene importancia —mintió John. Estaba seguro de que ya tenía su primera pista. Sería tan sencillo para el homicida elegir una mujer en el mercado, ofrecerse a ayudarla con los paquetes de compras, y después asesinarla. Estaba seguro de que se encontraba en camino de atrapar al asesino. Sabía que lo encontraría.

Pero no le dijo nada de eso a Akiko ni al detective Blake, ni a ninguna de las otras personas. Uno de los hombres había recogido los comestibles de Akiko.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó John.

—Akiko. Akiko Kanomori.

John lo escribió.

—¿Y su dirección?

Ella se la dio.

—Haré que uno de mis hombres la lleve a su casa.

Akiko había tenido la esperanza de que John la acompañara. Se sintió decepcionada.

John tenía prisa por alejarse de allí e ir al Supermercado Mayfair. Estaba convencido de que ése era el lugar desde donde operaba el asesino. Se sentía muy excitado.

Oyó el ruido de un auto que frenaba y levantó la vista. El vehículo estaba lleno de periodistas.

Billy Cash se encontraba entre ellos con su cámara.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Billy Cash a los gritos—. He oído decir que hubo aquí un homicidio.

—Todo está en orden —dijo John—. Así que pueden despejar el lugar.

Billy Cash miró a Akiko y vio las marcas que tenía en el cuello.

—Usted ha sido atacada. El estrangulador trató de matarla, ¿no es así? Usted es la primera persona que logró escapar de sus manos con vida.

Levantó su cámara y le sacó una fotografía a Akiko.

El sargento John Di Pietro se puso furioso.

—¡Suficiente! No quiero que publique esa fotografía. Podría poner en peligro la vida de esta mujer. ¿Lo entiende?

—Sí, claro —dijo Billy Cash y se dirigió a Akiko—. ¿Cómo se llama?

—Eso no es asunto suyo —saltó John—. Ahora, mándese a mudar.

Vio que, de mala gana, Billy Cash y los otros periodistas se iban.

—Lamento lo ocurrido —se disculpó John—. Ese hombre es una amenaza.

Akiko sonrió.

—Entonces son dos las amenazas que he recibido esta noche.

John le hizo una seña a uno de sus hombres.

—Por favor, lleve a la señorita Kanomori a su casa, y vea que llegue allí sana y salva.

—Sí, señor.

John miró a la hermosa joven.

—¿Se siente bien?

—Bueno, todavía me siento un poco trastornada, pero estaré bien —dijo y se estremeció—. Jamás volveré a acercarme a ese supermercado.

Y John pensó: *Pero otras mujeres sí irán, y también el asesino y, cuando él lo haga, lo pescaremos.* Observó a Akiko que subía al patrullero policial.

Ella se asomó por la ventanilla y dijo:

—Gracias. Buenas noches.

El sargento John Di Pietro se dirigió primero a su oficina, donde obtuvo una fotografía de Nancy Collins, la última víctima del estrangulador. Su siguiente destino fue el Supermercado Mayfair.

El supermercado estaba repleto de gente cuando John entró. Permanecía abierto las veinticuatro horas, lo cual permitía que los hombres y mujeres que no podían hacer sus compras durante el día las hicieran por la noche.

Un empleado le dijo a John:

—¿En qué puedo servirlo?

—Quisiera hablar con el gerente, por favor.

Algunos minutos después, John hablaba con el gerente.

—¿Puedo hacer algo por usted?

John le mostró su identificación policial. Después sacó la fotografía de Nancy Collins.

—Me pregunto si alguien podría decirme si esta mujer suele hacer las compras aquí. ¿Es clienta habitual de este supermercado?

El gerente se encogió de hombros.

—Señor, son muchos miles las personas que hacen compras aquí, así que dudo de que alguien pueda contestarle esa pregunta.

—¿Le importa que lo intente? Alguno tal vez la reconozca.

—De acuerdo —dijo el gerente—. Tratemos de averiguarlo.

Recorrieron ese enorme local y les mostraron la fotografía a los empleados ubicados detrás de los mostradores.

—No, no la he visto.

—Estoy demasiado ocupado como para mirarles la cara a los clientes.

—Jamás la vi antes.

—¿No es la mujer que acaban de asesinar?

—No, yo no... aguarde un momento. Sí, seguro, ¡yo la atendí la otra noche!

El sargento John Di Pietro se encontraba reunido con el inspector West en Scotland Yard.

—El empleado la identificó como una clienta en el mismo mercado donde Akiko Kanomori hizo las compras.

—Esa no es una prueba suficiente como para seguir adelante —dijo el inspector West.

—Estoy seguro de que estoy en lo cierto —dijo John Di Pietro con obstinación—. Ese tomate en el homicidio de Nancy Collins debe de habersele caído de su bolsa de compras. El estrangulador recogió todos los demás comestibles y se los llevó. Estoy seguro de que si el taxi no hubiera aparecido esta noche, no habríamos encontrado ningún comestible en la calle. Mi teoría es que el individuo merodea el Supermercado Mayfair con un paraguas, elige a una mujer que no tiene paraguas y se ofrece a acompañarla a su casa. En el camino, la mata. Esas marcas que encontramos bien podrían provenir de la punta del paraguas; lo más probable es que se la clave en la espalda. Entonces ella deja caer su bolsa con las compras, él saca una cuerda del bolsillo, la estrangula y después desaparece.

El inspector West permaneció allí sentado un momento, observando al joven que tenía adelante.

—Es una teoría muy interesante —dijo—. ¿Qué desea hacer al respecto?

—Me gustaría que me asignara una media docena de hombres —contestó John—. Los necesitaré sólo las noches de lluvia. Los ubicaré en el supermercado disfrazados de empleados. Nos mantendremos alertas con respecto a cualquier hombre con un paraguas que se ofrece a escoltar a las mujeres que están por salir a la calle.

El inspector West suspiró.

—Es un riesgo, pero supongo que es lo único que tenemos en este momento. Está bien, de acuerdo. Tiene los hombres que necesita.

John sonrió.

—Gracias, señor.

—¿Cuándo quiere empezar?

—Esta noche.

Los policías estaban diseminados por el supermercado, con delantales, tratando de parecer empleados que trabajaban siempre allí.

John les había dicho:

—Manténganse atentos. Estamos buscando a un hombre que entra aquí simulando estar de compras. Lo más probable es que no compre nada. Lo único que puedo decirles sobre él es que llevará paraguas. Estará a la pesca de una mujer a punto de abandonar el mercado con sus compras y sin paraguas. Así se acerca a sus víctimas. Cuando ellas salen, él también lo hace y se ofrece a acompañarlas a su casa. Quiero que todos mantengan los ojos bien abiertos y se concentren en la puerta principal. Cuando vean a alguien que responde a la descripción que acabo de darles, procederemos. ¿Entendido?

Todos asintieron. Al cabo de cuatro horas de estar en el supermercado la lluvia continuaba, pero no había señales del hombre que buscaban.

El detective Blake dijo:

—Esta noche estuvo cerca de que lo atrapáramos. No creo que vuelva aquí.

—No estoy de acuerdo —dijo John—. Esta noche es la primera vez que falla. Creo que debe de estar muy enojado. Tratará de volver y de conseguir otra víctima. No tiene idea de que estamos atrás de él.

—Espero que tenga razón. Me gustaría terminar con esto.

—También a mí.

John pensó en la hermosa Akiko. *Me alegro de que el estrangulador no la haya matado. Me alegro de que esté a salvo. Cuando se le pase el shock, iré a verla y le pediré que me describa al asesino.*

De vuelta en su departamento, Akiko Kanomori cerró con llave todas las puertas y ventanas. Seguía un poco alterada por eso tan espantoso que estuvo a punto de ocurrirle.

El detective le había dicho:

—¿Está usted bien, señorita Kanomori? ¿Quiere que me quede aquí con usted un momento?

—Estaré bien. Muchísimas gracias.

Ya no tenía apetito. Sólo susto, mucho susto. *Al menos, pensó, el estrangulador no sabe quién soy. Y no tiene manera de encontrarme jamás.*

En la oficina del *London Chronicle*, Billy Cash hablaba con su editor.

—Conseguí su fotografía —dijo—. Podemos publicarla en la primera plana del periódico de mañana.

—Estupendo. Les ganaremos a las demás publicaciones de la ciudad. Ella es la única que consiguió huir del estrangulador con vida. ¿Tienes su nombre y dirección?

—No. Ese maldito detective estaba allí. Me lo impidió. Pero no importa, seguro que alguien la identificará.

A la mañana siguiente, Akiko se despertó de golpe, sobresaltada. Había tenido una pesadilla. Soñó que un hombre intentaba matarla con una cuerda, y de pronto comprendió que no había sido un sueño, que realmente había pasado. Había estado a punto de morir.

Se estremeció.

Tengo que superar esto, pensó. No puedo seguir viviendo muerta de miedo. De todos modos, estoy segura de que atraparán a ese individuo. El joven policía parecía un hombre muy capaz.

Se levantó de la cama y se vistió. Sorprendentemente, de pronto, sintió hambre. *De modo que la muerte le abre el apetito a uno.* Decidió bajar al pequeño restaurante de la esquina y desayunar allí.

Cuando salía del edificio, vio a la señora Goodman.

—Buenos días, Akiko —dijo la señora Goodman—. ¿Disfrutaste ayer de tu visita a la Torre de Londres?

Akiko la miró, sorprendida. Y enseguida cayó en la cuenta: *por supuesto, ella no sabe que el estrangulador trató de matarme. Nadie lo sabe. Por eso estoy a salvo. Él no podrá encontrarme jamás.*

Akiko echó a andar hacia el restaurante de la esquina. Frente a él, había un puesto de diarios. Akiko se frenó en seco, estremecida. En la primera plana del periódico había una gran fotografía suya con el titular:

¡TESTIGO MISTERIOSA CON VIDA!
LA VÍCTIMA ESCAPA DE LAS MANOS

DEL ESTRANGULADOR

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 6

Akiko Kanomori se llenó de pánico. Miró con incredulidad su fotografía en el periódico. ¡Ahora el desconocido sabría quién era ella y la buscaría! Se sintió desnuda, como si todos los que pasaban tuvieran la vista fija en ella.

Ya no tenía ganas de desayunar. Se dio media vuelta y corrió al departamento. Cerró todas las puertas y ventanas y, temblando, se sentó en el sofá. *¿Qué voy a hacer?*, se preguntó.

En Scotland Yard, el sargento John Di Pietro también vio el periódico de la mañana. Lo miró, espantado.

¡Ese maldito periodista Billy Cash! Con todo gusto lo habría matado. Deliberadamente había puesto en peligro la vida de Akiko Kanomori.

Sonó la campanilla del teléfono.

—El inspector West desea verlo enseguida.

El inspector West estaba furioso. Tenía el periódico delante. Levantó la vista cuando John entró.

—¿Qué significa esto? —preguntó—. ¿Cómo fue que la fotografía de su testigo apareció en el diario?

—Lo siento —se disculpó John—. Es muy difícil controlar a los hombres de prensa, inspector.

—¿Ellos saben cómo se llama la joven?

—No, señor. No tienen idea de quién es ni de dónde vive.

—Bueno, que sigan así —gruñó el inspector West—. Ella es la única pista real que tenemos hacia el asesino. —Y añadió con tono irónico—: Eso

y su tomate.

John se puso colorado.

—Sí, señor.

—Será mejor que vaya a ver a la joven. Si ella ha leído el periódico, debe de estar muy asustada.

—Iré enseguida, señor.

Cinco minutos después, John se dirigía al departamento de Akiko.

Cuando la joven oyó el timbre, tuvo miedo de contestar. *¿El que estaba de pie junto a la puerta sería el asesino, con una cuerda en la mano?* El timbre volvió a sonar. Akiko se acercó a la puerta.

—¿Quién es?

—Soy el sargento Di Pietro.

Ella reconoció su voz y sintió una oleada de alivio. Giró la llave y abrió la puerta. John advirtió su pánico.

—¿Puedo pasar?

—Sí, por favor.

Él entró en el departamento y lo recorrió con la vista. Era un departamento muy lindo. Muy limpio y prolijo. La clase de departamento en que él supuso que ella viviría.

—Por favor, tome asiento.

—Vi lo del periódico —dijo John—. Y le ofrezco mis disculpas.

—No fue su culpa.

—En cierta forma, sí. Ojalá hubiera hecho arrestar a ese periodista.

—Estoy terriblemente asustada. Tengo miedo de que el estrangulador venga y me mate.

—Por favor, no tema. En primer lugar, él no sabe su nombre ni dónde vive. Y lo mejor de todo es que creemos saber cómo atraparlo.

La cara de Akiko se iluminó.

—¿En serio?

—Sí. Descubrimos cómo elige a sus víctimas. ¿Recuerda el Supermercado Mayfair, donde usted hace sus compras?

—Sí.

—Él se acercó a usted allí, ¿no es verdad?

Akiko frunció el entrecejo.

—Sí. Llovía y él tenía paraguas, así que se ofreció a acompañarme a casa.

—Es así como actúa. Cuando llueve, él va a ese lugar y elige a mujeres que no tienen paraguas, se ofrece a escoltarlas a sus casas, y después las estrangula.

Akiko se estremeció.

—Fue horrible.

—Lo atraparemos —le prometió John—. Cuando lo hagamos, ¿podría usted identificarlo?

Akiko asintió.

—Desde luego que sí. Hasta podría hacer la cabeza de ese hombre.

John parpadeó.

—¿Cómo dice?

—Que puedo modelar su rostro en arcilla. Soy escultora.

John no podía creer en su buena suerte.

—¿*En serio?*

—Sí. Ése es mi trabajo. Permítame mostrarle mi taller.

Se pusieron de pie y Akiko lo llevó a la habitación contigua. John quedó maravillado por las hermosas esculturas que allí había. Algunas eran estatuas de tamaño natural, otras eran bustos de hombres y mujeres.

—¡Son estupendas! —exclamó John.

Akiko se sonrojó.

—Gracias.

John la miró.

—¿Y podría usted modelar la cabeza del estrangulador?

—Sí, claro. Jamás olvidaré su aspecto.

—¿Cuánto tiempo le llevaría hacerlo? —preguntó John.

—No más que uno o dos días.

—Sería fantástico. Nos sería de gran ayuda. Le sacaremos fotografías al rostro y las enviaremos a todos los periódicos. Entonces la gente sabrá qué aspecto tiene. Y el asesino no tendrá dónde esconderse.

Akiko percibió el entusiasmo en su voz.

—Lo haré con todo gusto. Quiero que lo apresen.

John la observó y pensó: *Es tan hermosa*. Se preguntó si estaría casada.

—¿Tiene...? quiero decir, ¿vive alguien aquí, con usted?

—No. Vivo sola.

Se alegró mucho de oírlo.

—Si lo desea, puedo asignarle un policía para que se quede aquí con usted y la proteja hasta que aprehendamos al asesino.

Akiko reflexionó un momento. No le gustaba la idea de que un desconocido viviera en el departamento con ella.

—Usted dice que en realidad no corro peligro, porque él no sabe quién soy ni dónde vivo. ¿Es así?

—Así es.

—Entonces no creo que necesite protección — dijo Akiko.

John asintió.

—Lo que usted diga. Si no le importa, vendré cada tanto para ponerla al tanto de los acontecimientos.

—Me gustaría mucho.

Los dos se sonreían. John jamás se había sentido tan atraído hacia una mujer.

—Bueno —dijo, con torpeza—, más vale que me vaya, así la dejaré trabajar.

—Comenzaré enseguida —prometió Akiko.

Lo observó irse y cerró la puerta con llave. *Cuando todo esto haya terminado, pensó Akiko con pesar, lo más probable es que no lo vuelva a ver.*

Cuando John abandonó el departamento de Akiko, le dijo al detective Blake:

—Ella no quiere que ningún policía se quede, pero igual yo quiero ofrecerle alguna protección. Dígale al agente de servicio que la vigile, sobre todo de noche, cuando llueve.

—¿Cree que aprehendremos al estrangulador? — preguntó el detective Blake.

—Sé que lo haremos —contestó John—. Sólo quiero estar seguro de atraparlo antes de que mate a otra persona. —*Sobre todo a Akiko, pensó.*

Modelar la cabeza del estrangulador le estaba resultando a Akiko más difícil de lo que pensó. El problema no era que no recordara su rostro, sino que lo recordaba demasiado bien.

Mientras comenzaba a trabajar la arcilla para convertirla en las facciones del estrangulador, volvió a vivir esa espantosa pesadilla. Recordaba cada una de las palabras que intercambiaron en su primer encuentro.

“Llueve muy fuerte, ¿verdad?”

“Sí, me temo que sí.”

“¿Tiene auto?”

“No.”

“Qué pena. Yo al menos tengo paraguas. ¿Vive cerca de aquí?”

“A unas cinco cuadras, en esa dirección.”

Se estremeció de sólo pensarlo. Había faltado tan poco para que la asesinaran. Quería que atraparan al estrangulador, y estaba dispuesta a colaborar para que pudieran hacerlo. Siguió trabajando.

John Di Pietro estaba en la oficina del inspector West.

—¿Usted dice que la testigo es pintora?

—No, escultora. Hace esculturas.

—¿Y podrá modelar la cabeza del estrangulador?

—Sí. Ya está trabajando en eso.

—Supongo que sabe que esa muchacha está en una situación muy peligrosa. Es la única que puede identificarlo. Si él llegara a averiguar quién es, iría y la mataría. Deberíamos ofrecerle protección policial.

—Yo se la ofrecí —dijo John—. Pero ella no la quiere. Me propongo hacer que alguien vaya a verla de tanto en tanto para asegurarnos de que está bien. En cuanto termine la escultura, le sugeriré que abandone la ciudad hasta que encontremos al estrangulador.

—Buena idea —dijo el inspector West.

—El parte meteorológico pronostica lluvia para esta noche —dijo John —. Es posible que el asesino vuelva a atacar. Me gustaría llevar de nuevo a los hombres al Supermercado Mayfair.

El inspector West asintió. Miró a John.

—¡Atrápenlo!

Alan Simpson también había visto la fotografía de Akiko en la primera plana del *London Chronicle*. La fotografía era muy nítida. Hasta mostraba las marcas en el cuello, donde él había apretado muy fuerte la cuerda... hasta que apareció ese estúpido chofer de taxi, y él tuvo que huir. Había sido su primer fracaso.

No podía permitir que esa mujer viviera para prestar testimonio contra él. *El periódico no da su nombre ni su dirección, pero yo me las ingeniaré para encontrarla*, pensó Alan Simpson, *y entonces terminaré lo que había empezado*.

Se sentía frustrado. Estaba furioso con esa mujer, porque ella había logrado escapar. *La atraparé*, se prometió. Pero en ese momento necesitaba otra víctima. El servicio meteorológico pronosticaba lluvia. *Estupendo. Regresaré esta noche al Supermercado Mayfair y elegiré a otra mujer*.

El sargento John Di Pietro paseó la mirada por el Supermercado Mayfair para asegurarse de que todos sus hombres estuvieran en su sitio. Algunos trabajaban detrás de mostradores, otros simulaban ser clientes y caminaban por los pasillos, como si se propusieran comprar artículos.

Afuera llovía muy fuerte. Un hombre alto y delgado entró en el supermercado. Llevaba un paraguas. Comenzó a caminar por el lugar y a observar la mercadería de los estantes. John se tensó. *¿Sería ése el estrangulador?* Hizo una señal a sus hombres de que no perdieran de vista al recién llegado.

Alan Simpson buscaba su siguiente víctima. Había muchas mujeres en el local, muy atareadas comprando comestibles para sus maridos y novios. *Pues bien, una de ellas no llegará a su casa*, pensó Alan Simpson. ¿Cuál?

Se sintió Dios al elegir a su víctima, al decidir quién viviría y quién moriría. Era una sensación maravillosa. Una mujer gorda, de poco más de cincuenta años, sin paraguas, hacía sus compras en el mostrador de pastelería.

Ella ya ha comido bastante, pensó Alan Simpson. *Será ella*. Se acercó a la puerta de calle. A esa altura, ya John no le perdía pisada y estaba listo para apresarlo. La mujer gorda pagó por los pasteles y se acercó a la puerta.

Se quedó allí un momento mirando la lluvia.

—Qué terrible —dijo en voz alta—. Y yo no traje paraguas.

Alan Simpson sonrió. Abrió la boca para decir: “Permítame ayudarla”, pero en ese momento notó que uno de los empleados que estaba detrás del mostrador lo miraba fijo. Dirigió la vista en otra dirección y vio que otros hombres lo miraban. ¡Es *la policía!*, pensó. ¡Es *una trampa!* Estaban en todas partes. Pero no tenían manera de identificarlo.

La mujer decía en ese momento:

—Veo que usted tiene paraguas. Yo sólo vivo a una cuadra de aquí. Me pregunto si no podría...

—Lo siento mucho —dijo enseguida Alan Simpson—, pero tengo que encontrarme con mi esposa. Buenas noches. —Se dio media vuelta y salió del supermercado.

John Di Pietro sintió una gran decepción. Por un momento creyó tener al asesino, pero era obvio que no se trataba de él. Les hizo señas a los detectives de que descansaran.

Afuera, en la calle, el corazón de Alan Simpson latía con fuerza. *De modo que habían descubierto lo del Supermercado Mayfair. Y casi lo habían atrapado*. Pues bien, no dejaría que eso volviera a suceder. Oh, sí, mataría de nuevo... sólo tendría que cambiar de supermercado.

Mientras tanto, tengo que averiguar el nombre de la testigo que puede identificarme. Esa mujer debe morir.

CAPÍTULO 7

El sargento John Di Pietro se encontraba nuevamente reunido con el inspector West.

—Me temo que su teoría no era correcta —dijo el inspector West—. El estrangulador no fue anoche al Supermercado Mayfair. Y todos los detectives malgastaron allí su tiempo.

John se mostró insistente.

—Inspector, si tan sólo me diera tiempo... estoy seguro de que él irá a ese supermercado.

—¿Cómo sabe que no elige sus víctimas en otro supermercado?

—Bueno, en primer lugar, porque todos los homicidios tuvieron lugar en ese sector de la ciudad. En segundo lugar, sabemos que eligió a dos de sus víctimas en el Supermercado Mayfair. ¿Recuerda que usted mismo dijo que los asesinatos en serie siguen un patrón? Pues bien, ése es el patrón de nuestro hombre.

El inspector West se quedó pensando.

—Está bien, le daré tres días más. Pero si por ese entonces no ha logrado ningún progreso, tendré que eliminarlo de este caso.

John no quería que lo sacaran del caso. Una de las razones era que deseaba proteger a Akiko. No había podido dejar de pensar en ella.

John había conocido a mujeres hermosas, muchas de las cuales se sintieron atraídas hacia él. Algunas quisieron casarse con él, pero John no estaba enamorado de ninguna de ellas. Sabía que jamás se casaría, a menos que estuviera realmente enamorado. Y la única persona hacia la que se sentía fuertemente atraído era Akiko.

Quería conocerla más. Así que le dijo al inspector West:

—Entiendo, inspector. Estoy seguro de que muy pronto atraparemos al estrangulador.

Akiko no había podido dejar de pensar en John. No sólo porque era apuesto —ella había conocido a muchos hombres bien parecidos—, sino porque era muy dulce. Era un hombre considerado y atento, y parecía inteligente. Y ésas eran cualidades que Akiko buscaba en un hombre.

Deseaba terminar la cabeza del estrangulador, no sólo por ella sino también por John, porque sabía que eso lo ayudaría. Así que se quedó en su estudio trabajando mucho.

Aunque le resultaba doloroso recrear las facciones del horrible monstruo que había intentado matarla, siguió trabajando. Mentalmente veía su cara con toda claridad.

Tomó un gran trozo de arcilla, lo colocó sobre el banco de trabajo y comenzó a modelar las facciones.

Primero, la frente y la nariz. Después, la boca y los ojos del asesino. Dio un paso atrás y observó su trabajo. *No. Los ojos eran demasiado grandes, y la nariz, demasiado chica.* Alisó la arcilla y comenzó de nuevo.

Deseaba que la arcilla no pareciera viva cada vez que la tocaba. Había en eso algo casi malévolo. Era como si el espíritu del asesino estuviera dentro de la arcilla y tratara de emerger de ella.

Akiko tuvo la sensación de que, cuando terminara la escultura, el estrangulador se abalanzaría y se apoderaría de ella. Sabía que era absurdo, pero no lograba sacarse de encima esa sensación.

No era supersticiosa, pero había en la arcilla algo que le resultaba imposible explicar. Jamás había sentido nada semejante.

Oyó golpes en la puerta. Akiko se acercó, pero no la abrió.

—¿Quién es?

—Soy la señora Goodman.

Akiko le abrió la puerta a su vecina. La señora Goodman miró a Akiko y le dijo:

—Gracias a Dios que estás bien.

—¿Qué?

—Vi tu fotografía en el periódico y leí que el estrangulador había tratado de matarte. ¡Mi pobre querida! Yo no lo sabía. Debió de ser algo

espantoso para ti.

—Lo fue —reconoció Akiko—. Creí que moriría.

—¿Qué aspecto tenía el estrangulador? —preguntó la señora Goodman.

Akiko quedó pensativa un momento. ¿Cómo describir la maldad de ese hombre? ¿Cómo describir la sonrisa dibujada en su rostro, mientras intentaba asesinarla? ¿Cómo describir su propio terror?

—Era joven —dijo Akiko.

—¿Era feo?

Por dentro, pensó Akiko. Era feo en su interior.

—No. Era bastante bien parecido. Cualquiera que lo viera caminar por la calle jamás habría pensado que era el estrangulador. En él había una suerte de... bueno, casi de inocencia.

La señora Goodman la miró con asombro.

—¡Dios! ¿Cómo fue que lo encontraste? Quiero decir... ¿cómo fue que él te atacó?

—Yo estaba haciendo compras. Empezó a llover y no tenía paraguas. Como él sí llevaba uno, se ofreció a acompañarme a casa.

Mientras Akiko hablaba, se preguntó si no estaría diciendo demasiado, si el sargento Di Pietro aprobaría que ella comentara lo ocurrido con otra persona. Pero la señora Goodman era una amiga en quien confiaba.

—Comenzamos a caminar hacia casa, por una calle muy oscura —dijo Akiko y se estremeció—. Él me golpeó en la espalda con la punta del paraguas y yo me desplomé al suelo, y antes de tener tiempo de saber qué estaba ocurriendo, él ya me había pasado una cuerda alrededor del cuello.

—¿Qué pasó entonces? —preguntó la señora Goodman.

—Eso es todo lo que recuerdo —dijo Akiko—. Debo de haberme desmayado. Más tarde me enteré de que me había salvado la vida el hecho de que un taxi pasara por esa calle. Al ver lo que estaba sucediendo, el chofer frenó, y el estrangulador huyó.

La señora Goodman miró a Akiko y dijo:

—Se me ocurre algo. ¿Por qué no pasas las próximas noches en mi departamento? Tengo lugar de sobra para ti.

—Muy amable de su parte —dijo Akiko—, pero no puedo. Tengo mucho trabajo que hacer aquí.

—¿Y no puede esperar?

Akiko pensó en el sargento Di Pietro, que estaría esperando que ella concluyera la escultura de la cabeza del estrangulador.

—No, me temo que no puede esperar.

La señora Goodman suspiró.

—Bueno, si cambias de idea, avísame. No quiero que te pase nada.

Akiko sonrió. *Tampoco yo.*

—No se preocupe. No me pasará nada. —*El sargento Di Pietro no lo permitirá.*

Alan Simpson estaba furioso. No podía creer que hubiera dejado escapar a su víctima. *¡Si tan sólo no hubiera aparecido ese taxi!* Bueno, no permitiría que siguiera con vida para identificarlo. De alguna manera, la encontraría y la mataría.

En Londres, cien años antes, vivía un famoso asesino llamado *Jack el Destripador*. También él había sembrado terror en la ciudad al matar a decenas de mujeres. Nunca lo atraparon y, por ese motivo, era inmortal. La gente seguía hablando de él.

En cierta forma, Alan Simpson se consideraba una suerte de *Jack el Destripador*, un homicida legendario que jamás sería atrapado. Algún día, dentro de muchísimos años, él moriría de viejo, sin que nadie supiera quién era en realidad. Y durante otros cien años la gente hablaría del misterioso estrangulador, que era demasiado astuto como para que la policía pudiera ponerle las manos encima.

Mientras caminaba por la calle, Alan Simpson sintió una gota de lluvia. *Gracias a Dios, en Londres era la estación lluviosa.*

Necesitaba otra víctima. Tenía que sacarse la furia del cuerpo. Debía castigar de nuevo a su madre. Todavía recordaba con toda claridad la vez que, de pie bajo la lluvia, vio cómo su madre se besaba con un desconocido, y sintió una furia que casi le impedía respirar.

Miró en todas direcciones. Tendría que encontrar otro supermercado. Ahora que la policía había descubierto el Supermercado Mayfair, no se animaba a volver allá. Seguro que estaba vigilado y lo esperaban. *¡Y todo porque esa perra había logrado escapar!*

Comenzó a llover más fuerte, y Alan sintió que su excitación crecía. Había un supermercado a pocas cuadras de donde vivía, pero no se animaba a buscar allí otra víctima, porque era el lugar donde él hacía sus compras, y lo reconocerían.

En cambio, caminó diez cuadras en la dirección opuesta hasta llegar a un supermercado más chico. Entró e hizo una inspección visual del lugar. En esta ocasión, buscaba policías que pudieran estar allí, esperando para atraparlo. Pero no vio a nadie sospechoso.

Un empleado se le acercó.

—¿Puedo servirlo en algo?

Alan Simpson estuvo tentado de contestarle: *Sí. ¿Me podría elegir una linda mujer para que yo la asesine esta noche?* Pero, desde luego, no lo dijo.

Lo que sí dijo, fue:

—Sólo estoy mirando, gracias. Todavía no he decidido qué quiero comer esta noche.

Siempre lo divertía adivinar qué cenaría. Era lo que estuviera en la bolsa de compras de su víctima. Una noche fueron costillitas de cordero, que él disfrutó mucho. Otra noche, pescado. A él no le gustaba demasiado el pescado. Se alegró de haber matado a la mujer con el pescado. Se lo merecía.

Ahora observó a las personas que hacían compras allí. Había tres hombres y media docena de mujeres. Una de las mujeres caminaba con un bastón. *Eso sería demasiado fácil*, pensó Alan. Otra mujer estaba con dos chiquillos. Siguió mirando. Hasta que vio lo que estaba buscando.

Una mujer joven que se parecía bastante a su madre. ¡*Perfecto!* No tenía paraguas. Se encontraba frente al mostrador de carnicería, y Alan confió en que estuviera comprando algo que a él le gustara. La vio encaminarse a la puerta y la siguió. Ella se paró en el portal y observó la lluvia. Alan se le puso al lado.

—Llueve bastante fuerte, ¿no? —le dijo con tono cordial.

—Sí, y yo no traje paraguas.

—Yo tengo uno —dijo Alan—. ¿Vive cerca de aquí?

—Sí, a pocas cuadras. Pero no quisiera causarle ninguna molestia.

—¿En qué dirección está su casa?

Ella señaló.

—Hacia allá.

Alan sonrió.

—Yo también vivo en esa dirección. ¿Por qué no caminamos juntos?

—Muy amable de su parte.

—En absoluto —dijo Alan y salieron a la calle.

—¿Me permite que le lleve la bolsa? —preguntó Alan.

—No, gracias. Puedo hacerlo yo.

Ninguna de las mujeres quería desprenderse de sus compras.

—¿Usted vive cerca de aquí? —preguntó la mujer.

—Sí —mintió Alan.

—Es un vecindario precioso, ¿no le parece?

Él asintió.

—Sí, ya lo creo que sí. Me gusta mucho.

Se dirigían a una calle bien oscura y el corazón de Alan aceleró sus latidos. *Dentro de pocos minutos sabré qué comeré en la cena.* Tenía hambre. Matar a alguien siempre le daba apetito.

—Doblamos en esa esquina —dijo la mujer.

Así lo hicieron y enfilaron hacia una calle todavía más oscura que las otras. Alan se aseguró de que no hubiera nadie a la vista. Esta vez, ningún taxi interrumpiría su tarea.

Esperó hasta estar en la mitad de la cuadra, donde estaba más oscuro. Y se colocó detrás de la mujer, listo para golpearla en la espalda con el paraguas.

—Mire —dijo ella—. Ha dejado de llover.

Él se detuvo, azorado. Miró hacia arriba. Era verdad, ya no llovía. Se quedó allí parado, sin saber qué hacer. Volvió a verse de pie bajo la lluvia, viendo a su madre que besaba a un desconocido, mientras la lluvia le golpeaba la cara y le empapaba el cuerpo. Pero ahora no había lluvia.

La mujer lo miraba fijo.

—¿Se siente usted bien?

Necesito la lluvia, pensó Alan. *No puedo matar si no llueve.*

—¿Se siente mal?

Alan se obligó a sonreír.

—No, estoy muy bien.

Bajó el paraguas y los dos emprendieron la marcha. Alan se sentía frustrado y enojado. Podría haberse alejado ahí mismo de la mujer, pero quizás eso despertaría sospechas. Así que siguió caminando con ella hasta llegar a su departamento.

—Fue usted muy amable —dijo la mujer—. Muchísimas gracias.

—De nada —replicó Alan.

La mujer no sabría jamás lo cerca que había estado de la muerte esa noche.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 8

El sargento John Di Pietro y sus hombres se quedaron en el Supermercado Mayfair hasta las cinco de la mañana, y como el estrangulador no apareció, John decidió terminar la vigilancia.

—Pueden irse todos —les dijo a los detectives—. Él no vendrá.

John estaba muy desalentado. Se había sentido tan seguro de que estaba en la pista del estrangulador. *Debo de haberme equivocado*, pensó. No tenía la menor idea de que el estrangulador lo había visto a él y a sus hombres, y que había huido.

John se fue a su casa y durmió. Un descanso bien merecido, por cierto. Soñó que estaba casado con Akiko y que vivían en un hermoso departamento. Cuando despertó, descubrió que sonreía.

Se afeitó, se duchó y se vistió. Se preguntó cómo le iría a Akiko con la cabeza del estrangulador. Decidió llamarla por teléfono y ella enseguida le reconoció la voz.

—Habla el sargento Di Pietro.

—Ya lo sé —dijo ella.

A él le complació mucho que lo hubiera reconocido. Le preguntó cómo iba todo.

—La tarea me está resultando más difícil de lo que creía —dijo Akiko.

Le costaba confesar lo que le estaba ocurriendo. La cabeza del estrangulador era como algo malévolo. Cada vez que empezaba a trabajar, parecía nacer a la vida. Cuando le modeló los ojos, la miraban con fijeza. Cuando le modeló los labios, parecían sonreírle con malicia. En varias

oportunidades había comenzado a modelar esa cara, y cada vez sintió miedo y la borró.

Ahora, lo único que dijo por teléfono fue:

—Me está dando un poco de trabajo.

—De veras lo lamento —dijo John. Había contado con que ella le mostraría la cara del estrangulador.

—No se preocupe —dijo Akiko—, la terminaré. Es sólo que tardaré un poco más de lo que supuse. Tal vez pueda tenerla lista mañana.

—Está bien —dijo John—. ¿Qué le parece si la llamo mañana y me cuenta cómo anda?

—Me parece espléndido.

Cuando Akiko colgó el tubo, pensó: *Me gusta tanto. Me pregunto si volveré a verlo cuando todo esto haya acabado.* Esperaba que sí.

Entró en su estudio y se quedó, allí, parada, mirando el montón de arcilla que ella convertiría en la cara del estrangulador de Londres.

Se puso a trabajar. Una vez más, algo la hizo detenerse. *No puedo hacerlo. No ahora,* pensó. *Tengo que alejarme de aquí por un rato. Necesito respirar aire fresco.*

Akiko salió a caminar por las calles de Londres para tratar de no pensar en el estrangulador. Fue a Picadilly Circus, donde estaban todos los teatros. Enormes carteles de neón brillaban en los edificios, anunciando diferentes obras.

Era un lugar bullicioso y lleno de gente, y ella se divertía mirando a los transeúntes. Los teatros eran maravillosos; probablemente los mejores del mundo. Ella había visto a Lawrence Olivier protagonizar *Hamlet*. Y también a John Gielgud y a Maurice Evans.

Los británicos son los mejores actores del mundo, pensó Akiko. En varias oportunidades, varios productores le habían ofrecido actuar en películas u obras de teatro, pero Akiko nunca aceptó.

—Deberías hacerlo —le dijo su padre—. Los actores ganan mucho dinero.

—Yo no soy actriz —le contestó Akiko—. Soy escultora.

—Podrías convertirte en actriz.

—No lo creo —dijo Akiko—. Opino que es un talento con el que se nace.

—¡Tonterías!

Pero Akiko realmente creía que las personas nacen con distintos talentos: para actuar, escribir, modelar. Era un don que Dios le daba a uno. Y ella se sentía muy agradecida de haber recibido ese don. Le encantaba hacer esculturas.

Hacía bastante tiempo que Akiko no visitaba la galería de arte que vendía sus obras. Decidió ir a verlas. El dueño, el señor Yohiro, se alegró de verla. El señor Yohiro era un hombre bajo y delgado, con movimientos pequeños y rápidos. Akiko siempre pensó que le recordaba a un pájaro.

—Me alegro tanto de que haya venido —dijo al recibirla—. Todas sus obras se han vendido muy bien. Los compradores me piden más.

—Qué bueno —dijo Akiko.

—¿Estará lista para presentar aquí otra muestra dentro de dos semanas?

—Sí —respondió Akiko.

No mencionó que se encontraba trabajando en la cabeza del estrangulador. El señor Yohiro golpeó las manos para demostrar su satisfacción.

—Eso será maravilloso. Mis clientes se alegrarán tanto. Y no olvide hacer la estatua de Venus.

—Sí. No lo he olvidado. —*Tengo que terminar la cabeza del estrangulador, pensó Akiko, para poder empezar las otras cosas que deseo hacer.*

El señor Yohiro la invitó a almorzar.

Fueron a un pequeño *pub* que quedaba cerca. A Akiko le gustaban los *pubs* de Londres. En ellos la comida era sencilla, pero sabrosa, y todo el mundo se mostraba cordial. Muchos de esos establecimientos tenían blancos para dardos y en varias ocasiones ella había jugado a los dardos y descubierto que lo hacía bastante bien.

Después de ordenar la comida, el señor Yohiro dijo:

—Realmente estoy orgulloso de usted. Desde el principio supe lo talentosa que era y el éxito que tendría. Y no me ha defraudado.

—Gracias —dijo Akiko—. Me encanta mi trabajo. Si no me cansara y necesitara dormir, creo que trabajaría día y noche. —Sonrió—. Tal vez lo que le diré le parecerá algo tonto, pero me siento un poco Dios cuando le infundo vida a un trozo de arcilla.

Desde luego, Akiko no tenía la menor idea de que también Alan Simpson se sentía Dios porque decidía la muerte de las personas.

—La muestra con sus obras que presentaremos dentro de dos semanas será la mejor de las que hicimos hasta ahora. Y lo más probable es que después yo la pierda, porque preferiré exponer en una galería más importante.

—No —prometió Akiko—. Usted tuvo confianza en mí y organizó mis primeras muestras. Seguiré siempre con usted. Para mí, la lealtad es algo muy importante.

—No quisiera inmiscuirme en su vida personal, pero siento curiosidad. Usted es una jovencita muy bonita y siempre la veo sola. ¿No tiene novio?

Akiko sacudió la cabeza.

—No. He salido con varios hombres, pero ninguno me ha interesado demasiado. —Mientras lo decía, pensó: *Salvo el sargento Di Pietro. Me pregunto si tendrá novia. Espero que no.*

Le dijo al señor Yohiro:

—Algún día quiero casarme y tener hijos, pero me parece mal casarme por principio. Creo que, primero, las dos personas tienen que estar enamoradas.

El señor Yohiro asintió.

—Coincido con usted. Mi esposa y yo estamos casados desde hace treinta años, y somos muy felices.

Permanecieron allí sentados, hablando sobre arte y sobre diferentes pintores que habían expuesto en la galería, pero en ningún momento él mencionó lo del estrangulador, de modo que Akiko se dio cuenta de que no había visto la fotografía suya que había salido en los periódicos. De haberla visto, seguro que le habría hecho preguntas al respecto. Akiko decidió no tocar el tema.

Todo terminaría pronto. Ella concluiría la cabeza del estrangulador y se la entregaría al sargento Di Pietro, y la policía atraparía enseguida al

asesino.

—¿Le gustaría ir ahora a la galería? —preguntó el señor Yohiro.

—No, gracias —dijo Akiko—. Debo volver a mi trabajo. —*Tengo que seguir con la cabeza del estrangulador.* No era, precisamente, una perspectiva que la hiciera sentirse bien.

—Bueno, he disfrutado este almuerzo con usted. Gracias.

—Yo también. Nos veremos pronto.

El señor Yohiro pagó la cuenta y los dos salieron a la calle.

—Adiós.

—Adiós.

El señor Yohiro la observó alejarse y pensó: *Qué muchacha tan linda y talentosa.*

Cuando llegó de vuelta a la galería, de pronto recordó algo que había olvidado. No le había hablado a Akiko del póster que había mandado hacer para la exposición. Era un póster hermoso con la foto de la escultora. El encabezamiento rezaba:

AKIKO KANOMORI
EXPOSICIÓN DE ESCULTURAS
DEL 12 AL 17 DE NOVIEMBRE

Lo pondré ya mismo en el escaparate, pensó, feliz, el señor Yohiro. Fue al cuarto del fondo y buscó el póster. Lo llevó a la vidriera de la galería y allí lo colocó.

Cinco minutos después, Alan Simpson pasó frente a la galería. Casi se le pasó por alto la fotografía, pero a último momento la vio por el rabillo del ojo y se frenó en seco.

No podía creer en su buena suerte. Allí, frente a él, estaba la fotografía de la testigo que él no podía encontrar. La única persona en el mundo que podría identificarlo en la policía.

Alan Simpson sonrió.

De modo que se llama Akiko Kanomori y es escultora. Una escultora muerta, pensó. Entró en la galería.

El señor Yohiro se acercó a recibirlo.

—¿En qué puedo servirlo?

—Soy periodista —mintió Alan Simpson—, y un gran admirador de la señorita Kanomori.

—Sí. Todos lo somos. Es una artista maravillosa.

—Estoy de acuerdo. Mi periódico me pidió que le hiciera una entrevista. Pronto presentará aquí una muestra, ¿no es verdad?

—Sí. De hecho, tenemos en el escaparate el póster que la anuncia.

—¿Sí? No lo vi —mintió Alan Simpson—. Mejor aún. Mi entrevista ayudará a promocionar la exposición. Le dará mucha publicidad. Si usted me quisiera dar su dirección...

—Bueno, no sé. La señorita Kanomori es una persona muy tímida. Por lo general no da entrevistas.

—Esto sólo le llevará unos pocos minutos —dijo Alan Simpson—. Y le prometo que seré muy amable con ella.

El joven tenía tan buenos modales. El señor Yohiro asintió.

—De acuerdo. Vive en el 2422 de la Calle Pont.

—Excelente —dijo Alan Simpson—. Estoy impaciente por conocerla —. Miró al señor Yohiro y pensó: *Me temo que usted no tendrá la exposición que planea. Esa escultora morirá.*

CAPÍTULO 9

Aguardó afuera del edificio de departamentos, oculto en las sombras, donde nadie pudiera verlo. En alguna parte de ese edificio vivía la mujer que él se proponía matar. No entendía cómo era que la policía todavía no tenía una descripción de su persona. *Esperaré hasta la noche*, pensó Alan Simpson, *y entonces me ocuparé de ella*.

El inspector West mandó llamar a John.

—Usted dijo que su testigo era escultora, y que modelaría la cabeza del estrangulador.

—Así es, señor.

—¿Dónde está? ¿Por qué no la tenemos todavía?

John vaciló.

—Ella está trabajando en eso, inspector.

—La necesitamos ya —dijo el inspector West—. Quiero mandar una fotografía de esa cara a todos los policías de Londres. No podemos esperar a que él mate de nuevo.

—Lo entiendo, señor, pero...

—Le dirá que quiero que la termine hoy mismo. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—No quiero recibir más llamados telefónicos de la Reina.

—De acuerdo, señor.

John Di Pietro regresó a su oficina. El detective Blake estaba allí.

—¿Qué quería el viejo?

—Quiere que la cabeza del estrangulador esté terminada hoy, para poder enviar la descripción lo antes posible.

—¿Qué la está demorando tanto? —preguntó el detective Blake.

—No lo sé —reconoció John—. La llamaré.

Akiko contestó al primer llamado. De alguna manera, sabía quién estaba del otro lado de la línea.

—¿Señorita Kanomori? Hola. Habla el sargento Di Pietro.

—Ya lo sé —dijo ella, con voz cálida.

—Detesto presionarla —dijo John—, pero ¿existe alguna posibilidad de que tenga terminada la escultura esta noche? El inspector West está impaciente. Quiere sacarle fotografías y enviarla a todos los policías.

Akiko lo escuchó y se le cayó el alma a los pies. En circunstancias normales, no habría tenido problemas en terminar el trabajo esa noche. Pero la misteriosa maldad que parecía emanar de la arcilla la llenaba de miedo. Temía confesárselo a John, porque parecía una cosa tan tonta.

—Sí —dijo Akiko—, la tendré lista esta noche.

—Estupendo —dijo él, y Akiko percibió la alegría en su voz—. Yo puedo ir a buscarla —dijo, se frenó como si temiera seguir, y respiró hondo—. Tal vez, para celebrar, podríamos cenar juntos después.

A Akiko, el corazón le dio un vuelco.

—Me parece maravilloso —dijo y trató de que no se le notara el entusiasmo.

—Muy bien, entonces. ¿A qué hora calcula que tendrá lista la escultura?

Akiko miró el trozo de arcilla colocado sobre el banco de escultor, ubicado frente a ella.

—Alrededor de las siete de la tarde.

—Muy bien. Iré a buscarla a esa hora. Adiós.

—Adiós.

Cuando Akiko colgó el tubo, se sentía muy feliz. Iba a cenar con el apuesto sargento. Miró la arcilla y su expresión cambió.

Había prometido tener lista la cabeza y debía cumplirlo. Respiró hondo y se acercó al banco. *No es más que un montón de arcilla*, se dijo. *No posee ninguna maldad*. Pero casi tenía miedo de tocarla.

Lentamente, comenzó a trabajar la arcilla. La modeló hasta darle la forma de una cara y entonces comenzó a formar las facciones. Allí estaban los ojos que ella recordaba tan bien, y la nariz, y los labios. A medida que la cabeza iba tomando forma, la maldad de la arcilla pareció llenar la habitación y ahogar a Akiko.

Cuando ya le faltaba poco, no pudo soportarlo más, salió corriendo de la habitación y fue al departamento de la señora Goodman. El corazón le latía con fuerza y se sentía desmayar. ¿Cómo explicar que había huido de un trozo de arcilla?

La señora Goodman le abrió la puerta.

—Hola, querida. Estaba por tomar un café. ¿Me acompañas?

—Sí, gracias.

Akiko se sentó en la cómoda cocina de la señora Goodman. No lograba serenar su corazón. ¿*Qué me pasa?*, se preguntó. Nunca antes le había sucedido algo parecido.

La señora Goodman apareció con el café. Estaba muy sabroso. Akiko podría haberse quedado allí todo el día. *Detesto tener que volver a mi estudio, pero tengo que terminar esa cabeza. Lo prometí.*

—¿Seguro que no quieres quedarte a vivir aquí algunos días? —preguntó la señora Goodman.

Akiko sonrió. La señora Goodman era una mujer tan amable.

—No, muchas gracias. Realmente, no puedo.

Durante la siguiente hora estuvieron conversando hasta que, por último, cuando Akiko se sintió más tranquila, dijo:

—Bueno, será mejor que vuelva a mi trabajo. Estoy tratando de terminar una escultura.

—Bueno, avísame si llegas a necesitar algo, querida.

—Gracias. Lo haré.

Akiko regresó a su estudio para proseguir con el trabajo.

Alan Simpson hacía compras en una gran tienda. Un empleado se le acercó.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Necesito cuerda. —Había perdido la suya en alguna parte y no pudo encontrarla. Era un mal presagio. Alan era muy supersticioso.

—¿Qué clase de cuerda desea? Es decir, ¿para qué la necesita?

Para estrangular mujeres, pedazo de idiota.

—Para atar cosas. Quiero una bien fuerte y de buena calidad. *Una que le dé la vuelta al cuello de esa mujer y se lo quiebre.*

—Sí, señor. Por aquí, por favor.

Condujo a Alan Simpson al departamento que tenía toda clase de cuerdas. Había hilos y cordeles, cuerdas para saltar, sogas finas y gruesas. Alan Simpson eligió una cuerda bien fuerte y la aferró con los dedos.

—Ésta me servirá —dijo.

—Muy bien, señor. Son cuatro libras.

El detective Blake dijo:

—Si no tiene planes para esta noche, mi chica tiene una amiga. ¿Por qué no cenamos juntos los cuatro?

John sonrió.

—No puedo.

Nada en el mundo le impediría cenar con Akiko. Durante todo el día había esperado ese momento con impaciencia. Ella había sonado complacida cuando él la llamó por teléfono. *¿Será mi imaginación?*, se preguntó John. *¿O realmente estaba contenta de oírme?*

Debía tener mucho cuidado y no apurar las cosas. *No quiero asustarla. Creo que ya estoy enamorado de ella. Pero si se lo digo, pensará que estoy loco y huirá. Sí, debo tener mucho cuidado y ser prudente.*

Le dijo al detective Blake:

—Gracias, pero esta noche tengo un compromiso.

John no tenía interés en conocer a otra mujer. Ya no. Había encontrado a la mujer que esperaba. *La cuestión es, pensó, ¿me amará ella a mí?*

En su estudio, Akiko trabajaba en la cabeza del estrangulador. Había terminado la frente, la nariz y los ojos, y modelaba en ese momento los labios.

Estaba tan concentrada que, cuando sonó el teléfono, se sobresaltó. El teléfono volvió a sonar. Ella se acercó y levantó el tubo.

—Hola. —Silencio en el otro extremo de la línea—. Hola. —Nadie contestó.

Akiko frunció el entrecejo. Estaba segura de que había alguien del otro lado.

—¿Quién es? —preguntó. Silencio. Lentamente, colgó el tubo. Le costó volver a su trabajo. El llamado la había puesto nerviosa.

Comenzó a modelar los labios, pero las manos le temblaban. “¡Basta!”, se dijo, pero no pudo serenarse y el temblor se extendió a todo su cuerpo.

En la vereda de enfrente, Alan Simpson se encontraba de pie, dentro de una cabina telefónica, y miraba con una sonrisa hacia la ventana iluminada. Ella había sonado tan asustada. Ahora no llovía, pero el periódico anunciaba lluvia para la noche. Entonces daría el golpe.

A las siete de la tarde, John se dirigió al edificio de departamentos donde vivía Akiko. Vestía su nuevo traje gris. Había pensado en llevarle flores, pero no quería parecer atrevido. Sería más bien una visita oficial. Estacionó el auto, entró en el edificio y tocó el timbre del departamento.

Cuando Akiko oyó el timbre, sintió una oleada de pánico. Miró su reloj. ¡Eran las siete, y John estaba allí! No sabía qué hacer. No había podido trabajar más en la escultura. Se sentía demasiado nerviosa.

La cabeza estaba terminada, salvo por los labios. *Ya sé lo que haré, pensó Akiko. Primero saldremos a comer y, cuando volvamos, le pediré que entre y se quede conmigo, mientras yo termino la cabeza. Entonces no tendré miedo.*

Salió del estudio, entró en el living y abrió la puerta. Le sonrió a John. ¡Estaba tan buen mozo!

—Buenas noches.

—Buenas noches —dijo John—. ¿Puedo ver la cabeza ahora?

Akiko le tocó el brazo.

—Si no le importa, ¿no podríamos cenar primero? Todavía no la he terminado del todo. La terminaré después de la cena y se la daré. —Le daba vergüenza confesarle que no estaba lista porque le daba miedo. Pero si él estaba junto a ella, ese miedo desaparecería.

—De acuerdo. Iremos a comer y volveremos aquí. Estoy seguro de que un par de horas más no harán diferencia.

El inspector West tendría la cabeza del estrangulador a medianoche. John haría los arreglos necesarios para que le tomaran fotografías y ellos la enviarían a todos los rincones de Londres. No habría lugar donde el estrangulador pudiera esconderse.

—Iré a buscar mi cartera.

Tres minutos después, estaban en el auto y se dirigían a un restaurante.

—Espero que le guste el lugar —dijo John—. Se supone que es uno de los mejores restaurantes de Londres. Se llama Harry's Bar.

Harry's Bar era sólo para socios. Pero el padre de John era socio, y conocían al hijo. Siempre era bien recibido allí.

Hicieron el trayecto al restaurante en silencio. Akiko pensaba en la cabeza que debía terminar, y John pensaba en la hermosa mujer que estaba sentada junto a él. Cuando llegaron al restaurante, los ubicaron en una mesa del fondo.

—El menú parece maravilloso —dijo Akiko.

Lo cierto era que no tenía mucho apetito. Estaba demasiado nerviosa por pensar en el estrangulador, y demasiado excitada por estar con John.

—¿Por qué no pide para los dos? —sugirió ella.

—Lo haré con todo gusto.

John pidió cóctel de langostinos como entrada, luego *scaloppini* de ternera y una pasta, todo regado con buen vino tinto. Solucionado eso, comenzaron a conversar.

—Hábleme de su vida —dijo John.

Ella sonrió.

—Nací en Kyoto y allí estudié en la universidad. Mi padre tenía negocios en Londres, así que nos mudamos aquí. Me fui de casa, porque mi madre y mi padre no hacían más que decirme que debería casarme.

—¿Y usted no quiere casarse?

—¡Pero, sí! —Se sonrojó y pensó: *¿Habré hablado demasiado?* — Estoy esperando el hombre adecuado —dijo y miró a John a los ojos.

Él sonrió. Se sintió absurdamente feliz. Sabía que él era el hombre adecuado para Akiko. Comieron y conversaron de cien cosas diferentes y,

de alguna manera, parecía que se conocían desde siempre. Fue una comida muy feliz.

De postre, John pidió un pastel.

—No para mí —protestó Akiko—. Tengo que cuidar la línea.

—Yo te la cuidaré —bromeó John y los dos se echaron a reír.

Una hora antes, Alan Simpson, oculto en las sombras, había visto salir a Akiko y John. Recordó haber visto a John en el Supermercado Mayfair. *De modo que es policía*, pensó. *Pues bien, nunca me atrapará.*

Esperó hasta que el auto se hubo alejado y entró en el edificio. La puerta del hall de entrada estaba cerrada con llave. Alan sacó un cortaplumas y violó la cerradura. Akiko vivía en el departamento 3B.

Alan Simpson subió por la escalera hasta el tercer piso. Se acercó a la puerta del 3B y miró en todas direcciones para asegurarse de que no hubiera nadie. Abrió la cerradura con el cortaplumas y entró.

Intuyó que el departamento estaba vacío. *¡De modo que aquí es donde vive esa perra!* Alan Simpson atravesó el living y miró hacia el dormitorio. Vio la cama y pensó: *Nunca volverá a dormir en ella.*

Entró en el estudio, y allí, frente a él, ¡estaba su cara! La miró con incredulidad. *Así que eso era lo que estaba haciendo.* Había modelado su cabeza para dársela a la policía. Vio que todavía no estaba terminada. Donde deberían estar los labios, había un agujero.

Se acercó, levantó un puño y lo estrelló contra la parte superior de la cabeza. La arcilla endurecida se hizo pedazos y cayó al suelo. *Eso es lo que le sucederá a ella*, pensó. Sacó el trozo de cuerda del bolsillo. Ahora sólo tenía que esperar el regreso de esa mujer.

CAPÍTULO 10

John y Akiko eran dos personas muy felices. Habían terminado la cena, pero ni siquiera se habían dado cuenta. Permanecían allí sentados, conversando y riendo, sin tener idea del tiempo transcurrido.

El restaurante estaba lleno, y otras parejas aguardaban una mesa. El camarero se acercó a John y le dijo:

—¿Se servirán alguna otra cosa, señor?

Akiko levantó la vista y notó que muchas personas esperaban mesa y los miraban con fastidio.

—No, eso es todo. Por favor, tráigame la cuenta. Creo que a esas personas les gustaría sentarse. Será mejor que nos vayamos.

—Muy bien.

Salieron al fresco de la noche. John miró el cielo y pensó: *Gracias a Dios que no llueve. El estrangulador no dará un golpe esta noche.*

En ese momento, en el departamento de Akiko, Alan se preguntaba por qué esa mujer se demoraba tanto. *Hace mucho que se fue*, pensó. Se sentía nervioso. Caminaba por la habitación y cada tanto miraba por la ventana, deseando que Akiko se apresurara a regresar.

El pronóstico meteorológico había anunciado precipitaciones, pero no había señales de lluvia. *Esos tarados no saben nada de su trabajo*, pensó Alan. *¿Por qué necesito que llueva para matar?*, se preguntó. Pero, en el fondo de su corazón, sabía por qué. Quería que todo fuera exactamente como el día en que se enteró de la verdad con respecto a su madre. Necesitaba que la lluvia purificara a sus víctimas de la maldad.

Bueno, lluvia o no lluvia, pensó Alan, *Akiko Kanomori morirá*. Miró su reloj y deseó que ella se apurara.

Akiko y John regresaban en el auto al edificio de departamentos. *Dentro de algunos minutos, pensó Akiko, le daré a John la escultura de la cabeza y se irá y seguro que no volveré a verlo*. Habría querido decirle: ¿Me llamarás algún día?, pero no quería parecer atrevida. Era demasiado tímida.

Como si le leyera el pensamiento, John dijo:

—Akiko, cuando termine este caso, tal vez podríamos cenar juntos de nuevo.

El corazón de Akiko dio un salto.

—Me encantaría —dijo.

John sonrió. Sabía que todo saldría bien. Quería estar junto a esa mujer por el resto de su vida. Pero primero debía apresar al estrangulador.

—¿Siempre quisiste ser policía? —le preguntó Akiko.

Él sonrió.

—Desde que tenía diez años. Hubo un asesinato en nuestro vecindario, y todos estábamos aterrorizados. Teníamos miedo de que el asesino nos atacara. La policía fue muy bondadosa. Nos dijo que no nos preocupáramos, que ellos atraparían al asesino y que estábamos a salvo. Supe entonces que quería ser policía y ayudar a la gente.

Increíble, pensó Akiko. La historia que él acaba de relatar es exactamente lo que me está pasando a mí ahora. Hay un asesino que amenaza a la gente, y John se ocupará de que todo esté bien. Lo miró y pensó: John no tiene idea de lo maravilloso que es.

En ese momento pasaban por Kensington Gardens. Los jardines estaban hermosos a la luz de la Luna.

—¿Has oído hablar de un escritor llamado J. M. Barrie? —preguntó John.

—No, no lo conozco.

—Escribió un libro maravilloso llamado *Peter Pan*. Peter Pan era un chiquillo que no quería crecer, así que siguió siendo joven siempre. Su madre lo echó de la casa, y él voló a la Tierra de Nunca Jamás. Es una historia muy bonita.

—Parece maravilloso —dijo Akiko. Y pensó: *En cierta forma, John es un chiquillo. Siempre se muestra tan entusiasta y contento.*

Se acercaban al departamento. *Dentro de pocos minutos terminaré la cabeza y se la daré*, pensó Akiko. Pero ya no tenía miedo, porque John estaría junto a ella mientras trabajaba. La arcilla ya no la asustaría.

Estaban a dos cuadras del edificio donde vivía Akiko cuando vieron el accidente. Un camión había chocado con un automóvil, y toda la carga estaba diseminada en la calle. Un peatón se encontraba tendido en el suelo, gimiendo.

La cara de John se tensó. Tomó el radiotransmisor del auto.

—Es el auto diecisiete. Se ha producido un accidente en el 2624 de la Calle Pont. Por favor, envíen enseguida una ambulancia.

Apagó el transmisor y le dijo a Akiko.

—Te dejaré en tu casa y me ocuparé de esto. Dentro de algunos minutos subiré a tu departamento. ¿De acuerdo?

—Sí, muy bien.

Akiko deseó que el peatón tendido en el suelo estuviera bien. John aceleró y detuvo el auto frente a la casa de departamentos donde vivía Akiko.

—Regresaré lo antes que pueda.

—Está bien. Para ese entonces habré terminado la escultura.

Akiko permaneció junto al cordón de la vereda viendo cómo John se alejaba. Giró y entró en el edificio.

El hombre tendido en el suelo no tenía heridas graves. John se inclinó sobre él y le tomó el pulso.

—¿Cómo está? —le preguntó.

—Bueno, un poco sacudido.

—¿Tiene algún hueso roto?

El hombre se palpó los brazos y las piernas.

—No. Creo que estoy bien. Creo que salí despedido del auto cuando ese camión me chocó.

—¿Puede moverse? —preguntó John.

—Sí.

El hombre se puso de pie. John lo examinó con atención. El hombre se veía muy impresionado, pero sin ninguna herida de consideración.

—Una ambulancia llegará aquí en pocos minutos para llevarlo al hospital.

—No necesito ir al hospital. Estoy bien —dijo el hombre y miró su auto chocado—. Mi esposa me matará. Es el auto de ella.

Un patrullero policial llegó a la escena del accidente. Dos agentes se bajaron del vehículo.

—¿Alguien está herido? —preguntó uno de los agentes.

—No lo creo —respondió John—. ¿Por qué no toma los detalles del accidente? —Estaba ansioso por volver junto a Akiko y llevarle al inspector West la escultura de la cabeza del estrangulador.

—Está bien.

John se metió en el auto y se dirigió al departamento de Akiko. *Me pregunto si ya habrá terminado de modelar la cabeza*, pensó.

Akiko canturreaba en voz baja al entrar en su departamento. La conversación con John la había hecho sentir tan contenta. El departamento estaba muy silencioso. John llegaría en cualquier momento. *Lo único que tengo que hacer es modelar los labios y la cabeza quedará terminada*, pensó.

Entró en el estudio y se frenó en seco. La cabeza en la que había estado trabajando se encontraba tirada en el piso y rota en media docena de pedazos.

Su primer pensamiento fue que la cabeza tenía vida y se había destrozado a sí misma, pero antes de que tuviera tiempo de pensar en nada más, sintió que la aferraban de atrás y le apoyaban la punta de un cuchillo en la nuca.

—No grites —dijo Alan—, o te mataré aquí mismo.

Akiko estaba demasiado paralizada para moverse.

—Por favor —jadeó ella— no me lastime.

Él la empujó hacia el estudio.

—¿De modo que le ibas a mostrar eso a la policía?

Akiko no supo qué decir.

—No, yo...

—¡No me mientas!

Ella giró la cabeza y lo miró. Era como mirar la cara de su escultura. Era exactamente igual a como lo recordaba.

Había escapado una vez de sus manos, pero ahora estaba a su merced. *Tengo que ganar tiempo* —pensó Akiko—, *John llegará en cualquier momento. Él me protegerá.*

Le sorprendió ver que el estrangulador no tenía un trozo de cuerda en las manos. Se preguntó cuál sería su plan. ¿Pensaba matarla con un cuchillo? Hasta ese momento, siempre había estrangulado a sus víctimas.

—¿El policía va a volver? —preguntó Alan.

Akiko vaciló. No estaba segura de si era mejor decir que sí o que no.

—No —respondió.

—Será mejor que me digas la verdad.

—¿Qué hará conmigo?

Alan no sabía bien qué haría con Akiko. Sabía que la mataría, pero no se animaba a hacerlo a menos que lloviera... como el día en que había visto a su madre hacer el amor con un desconocido.

Tendré que sacarla de aquí. La llevaré a mi departamento y la tendré allí hasta que llueva. ¡Entonces la mataré!

En ese momento se oyeron golpes en la puerta. Alan levantó la vista, sorprendido.

—¿Quién es? —preguntó en voz baja.

—Yo... no lo sé.

—Eres una mentirosa —dijo y se le enrojeció la cara de la furia—. Él ha vuelto, ¿no es verdad? Pues bien, los mataré a los dos. —De nuevo tenía el cuchillo apoyado contra su nuca.

—¡No! Por favor —dijo Akiko—. No lo lastime—. Tenía pánico de que matara a John. Le importaba más él que su propia persona.

Alan se quedó allí parado, pensando a todo vapor. Debía deshacerse del policía.

—Ha venido a buscar la escultura de mi cabeza, ¿no?

—Sí.

—¿Por qué no se la entregaste antes?

—Porque no estaba terminada. —Akiko confiaba en que si le decía la verdad a ese demente, él soltaría a John sin lastimarlo.

—Está bien —dijo Alan—. Harás exactamente esto. Quiero que le digas que todavía no has terminado la escultura, y que la tendrás lista por la mañana. ¿Entendido?

Apretó la punta del cuchillo en la nuca de Akiko y ella sintió que le corría una gota de sangre.

—¿Me has entendido?

—Sí.

—Muy bien. Entonces abre apenas la puerta. Si haces algún movimiento en falso, te clavaré este cuchillo en el cuello.

Se oyó otro golpe en la puerta.

—¡Hazlo! —le ordenó Alan en voz baja.

Permaneció detrás de Akiko; con una mano le aferraba el hombro y con la otra le presionaba el cuchillo en la nuca. Caminó detrás de Akiko hasta la puerta. Los dos oyeron la voz de John desde el otro lado de la puerta.

—Akiko, ¿estás ahí?

Akiko tenía la boca tan seca por el miedo, que temió no poder hablar.

—¡Contéstale! —susurró Alan.

—Sí. Estoy... aquí estoy.

—Abre un poco la puerta —le ordenó Alan.

Akiko respiró hondo y entreabrió la puerta. Sentía el cuchillo contra la piel. El estrangulador se había escondido detrás de la puerta, y John no podía verlo.

John miró a Akiko y la notó muy pálida.

—¿Estás bien? ¿Ha ocurrido algo?

Akiko habría querido gritar y avisarle a John que el estrangulador le estaba clavando un cuchillo en la nuca. Deseaba decirle que huyera a toda velocidad.

—Estoy bien —logró decir con un hilo de voz.

—¿Puedo pasar?

Akiko abrió la boca y sintió que el cuchillo le atravesaba la piel.

—Lo lamento —dijo—. Por favor, perdóname. Cuando llegué a casa me sentí muy cansada y no pude terminar la escultura.

John la miraba, decepcionado.

—Entiendo. Yo esperaba que...

—Ya lo sé. La terminaré por la mañana. Te llamaré cuando esté lista.

En su rostro había una expresión extraña. John se preocupó.

—No estarás enferma, ¿no? ¿Quieres que entre y...?

Ella volvió a sentir la presión del cuchillo.

—¡No! Realmente estoy muy cansada. Estoy segura de que me sentiré mejor por la mañana.

Tuvo que mentirle, pero lo hacía para salvarle la vida. Si él entraba, el estrangulador lo mataría.

John dijo, de mala gana:

—Está bien, me iré. Pero volveré por la mañana.

—Sí —dijo Akiko—. Haz eso.

Él la miró durante un momento prolongado, luego se dio media vuelta y se fue. Alan empujó la puerta hasta cerrarla bien. Y Akiko quedó sola con el estrangulador.

CAPÍTULO 11

John no pudo dormir esa noche: el comportamiento de Akiko lo había trastornado. Durante toda la velada se había mostrado tan cordial y cálida, y de pronto todo cambió cuando él regresó a su departamento.

En lugar de invitarlo a pasar, lo envió a su casa. Y ella había prometido terminar de modelar la cabeza del estrangulador, pero después lo despachó con la excusa de que estaba cansada.

John trató de recordar la conducta de Akiko durante la velada, y en ningún momento le pareció cansada. Al contrario: se la veía animada y alegre. Era desconcertante.

Lo que era peor, ahora tenía problemas con el inspector West.

—Esperaba recibir anoche la escultura de la cabeza del estrangulador. ¿Dónde está?

John tragó fuerte. No quería meter en problemas a Akiko.

—Lo siento, señor —dijo—, pero se ha producido una pequeña demora. Esta mañana tendré la cabeza para usted.

—Mejor que así sea —dijo el inspector West—. Recuerde que si este caso no está resuelto en dos días, usted quedará fuera de él.

—Estoy seguro de que lo solucionaremos.

Lo único que tenía que hacer era conseguir que Akiko le diera la cabeza, fotografiarla y enviar las fotografías a todas las seccionales de policía. Seguro que alguien identificaría al estrangulador. Regresó a su oficina.

Eran las diez de la mañana. Sin duda Akiko ya habría terminado el modelado de la cabeza. Llamó por teléfono a su departamento. No hubo

respuesta. *Lo más probable es que haya salido por un momento*, pensó John.

Hizo otro intento, treinta minutos más tarde, y otro más a las once. Nadie contestó. ¿Por qué no se encontraba en su casa, modelando la cabeza? Y, si la había terminado, ¿por qué no lo había llamado por teléfono para decírselo? John tuvo la sensación de que algo andaba mal. *Será mejor que vaya a su departamento*, pensó. Se llevó con él al detective Blake.

Akiko estaba muerta de pánico. Sabía que iba a morir y, más que nada, deseaba vivir. Cuando John se fue la noche anterior, el estrangulador esperó hasta estar seguro de que el detective se había ido, y después había obligado a Akiko, a punta de cuchillo, a entrar en su automóvil.

La hizo acostarse en el piso para que nadie la viera. Cuando llegaron a su departamento en Whitechapel ya era muy tarde por la noche, y todo estaba oscuro. Él la hizo bajarse del auto y la condujo por la escalera a su pequeño departamento.

El departamento estaba lleno de periódicos en los que se publicaban notas sobre las víctimas del estrangulador. *Está loco*, pensó Akiko. *Tengo que huir de aquí*. Pero él no le dio oportunidad de hacerlo. Puso una silla dentro del placard y tomó de un brazo a Akiko.

—Siéntate —le ordenó.

—Por favor, yo...

Le dio una cachetada.

—Haz lo que te digo. —Tenía el cuchillo en la mano.

Akiko lo obedeció. Él la ató y apretó muy fuerte las cuerdas.

—Me está lastimando —dijo ella.

Volvió a abofetearla.

—Te dije que te callaras la boca.

Cuando quedó convencido de que ella no podría escaparse, cerró la puerta del placard y la dejó allí, en la oscuridad. Encendió la radio para oír el pronóstico meteorológico. Por último, oyó lo que esperaba: “Esta noche, ochenta por ciento de probabilidades de lluvia. En otro orden de cosas...”

Alan apagó la radio. Quería terminar con eso lo antes posible. Era peligroso tener a esa mujer en su departamento. La mataría esa misma noche. La llevaría a una calle oscura bajo la lluvia y la estrangularía. Se preguntó qué sentiría ese policía cuando viera tendido en una zanja el cadáver de Akiko.

John llamó a la puerta del departamento de Akiko. No hubo respuesta. Era mediodía.

—Tal vez ha salido a almorzar —dijo el detective Blake.

John frunció el entrecejo.

—No lo creo. Ella sabe cuánto necesito yo esa cabeza. Si la hubiera terminado, me habría llamado. Y si no la ha terminado, no creo que haya salido a almorzar. —Se sentía cada vez más perplejo—. Hablemos con alguno de sus vecinos. Tal vez sepan dónde ha ido.

Bajaron a la planta baja. John llamó a la puerta del departamento de la señora Goodman.

—Perdón por molestarla. Soy el sargento Di Pietro. Estoy buscando a la señorita Kanomori.

—No la he visto esta mañana —dijo la señora Goodman—. Por lo general viene aquí a tomar un café, pero creo que está muy ocupada con un trabajo.

—¿No la oyó salir?

—No, pero igual no creo que la hubiera oído. —A la señora Goodman se le ocurrió algo—. Sé dónde puede estar.

—¿Dónde? —preguntó John.

—Bueno, ella suele presentar exposiciones en una galería que está cerca de aquí. Tal vez se encuentre allá en este momento.

Les dio a John y al detective Blake la dirección de la galería.

—Muchísimas gracias. Le agradezco su ayuda.

Cinco minutos después, estaban en la galería. John vio la fotografía de Akiko en la vidriera y quedó aturdido. *Si el asesino vio esto, pensó, ya sabrá quién es ella.*

El señor Yohiro los recibió en la puerta.

—¿Qué puedo hacer por ustedes? —preguntó.

—Soy amigo de la señorita Kanomori —dijo John—. Me preguntaba si no estaría aquí.

El señor Yohiro sacudió la cabeza.

—No. Estuvo aquí ayer. Almorzamos juntos y hablamos de la muestra que presentará aquí. Será un gran éxito.

—¿Pero hoy no la ha visto?

—No.

—¿Cuánto hace que está esa fotografía en la vidriera? —preguntó John.

—Desde ayer.

A John se le cayó el alma a los pies. El estrangulador también podía haberla visto.

—Señor Yohiro, ¿alguien entró aquí y le hizo preguntas sobre esa fotografía?

—No —contestó y pensó un momento—. Sí, en realidad vino alguien.

—¿Quién?

—Dijo que era periodista y que quería entrevistar a Akiko. Me pidió su dirección.

—¿Y usted se la dio?

—Sí. Parecía un hombre agradable y pensé que la publicidad sería beneficiosa para la muestra.

John y el detective Blake se miraron.

—¿Ese periodista le mostró sus credenciales? —preguntó John.

—Bueno, no. Le tomé la palabra.

John le dijo al detective Blake:

—¡Vamos!

Akiko estaba sentada en la oscuridad, atada a la silla. Trató de soltar los nudos, pero cuanto más se esforzaba, más fuertemente se cerraban. Las muñecas le sangraban por el esfuerzo por liberarse.

La puerta del placard se abrió y Alan le dijo:

—Tengo que salir un momento. Me aseguraré de que no hagas ningún ruido mientras estoy ausente.

Tenía un enorme pañuelo en la mano. Se lo metió a Akiko en la boca y lo ató alrededor de su cabeza para que ella no pudiera hablar.

—Esto te mantendrá callada —dijo. Ella trató de hablar, de suplicarle, pero no pudo pronunciar palabra.

Él le sonrió.

—Estaré de vuelta muy pronto.

La puerta se cerró y Akiko volvió a sumirse en la oscuridad. *No pienso permitir que ese loco me mate*, pensó. *John, ¿dónde estás? ¡Sálvame!* Pero sabía que era inútil. John ni siquiera sabía que ella no estaba en su departamento y, cuando lo averiguara, no tendría idea de adónde la habían llevado.

Si quiero vivir, pensó Akiko, seré yo la que tendré que salvarme. Pero, ¿cómo? Tenía las manos y los pies atados a la silla, y la puerta del placard estaba cerrada. *No seguiré sentada aquí*, decidió. *Haré algo.*

Comenzó a moverse hacia adelante y hacia atrás y a mecer la silla. Sintió mucho dolor, por la cuerda que se le incrustaba en la carne, pero estaba decidida a tratar de salir de allí. La silla se balanceaba mucho hasta que, por último, cayó contra la puerta cerrada y la abrió.

Akiko quedó tendida en el suelo, atada a la silla y respirando con agitación. Paseó la vista por el departamento. Estaba vacío. El estrangulador se había ido. Ella había logrado escapar del placard, pero su situación no había mejorado demasiado.

Tenía que encontrar la manera de liberarse. En el otro extremo del departamento, había una mesa de vidrio. Utilizando sus pies, Akiko se fue empujando por el piso hacia la mesa, arrastrando la silla con ella. Tenía las manos atadas detrás de la espalda.

Cuando llegó a la mesa de vidrio, colocó la cuerda contra el borde filoso y comenzó a mover las manos hacia arriba y hacia abajo, para que el vidrio cortara la cuerda. El vidrio también le cortaba la muñeca, y sintió el fluir de sangre caliente.

Estaba desesperadamente apurada, porque tenía miedo de que el estrangulador regresara en cualquier momento. Por último, logró liberar una mano y después la otra. Rápidamente se desató las piernas y se puso de pie. Temblaba como una hoja.

Respiró hondo. *Estoy libre*, pensó. Avanzó hacia la puerta y, en ese momento, la puerta se abrió y apareció el estrangulador.

—¿Pensabas ir a alguna parte? —preguntó.

John y el detective Blake estaban en el pasillo, frente a la puerta del departamento de Akiko. John examinaba la cerradura de la puerta.

—Veo rasguños en la cerradura. A esta cerradura la han violado. Alguien entró —dijo y sacó su ganzúa.

—¿Qué hace? —preguntó el detective Blake.

—Entraremos.

—No podemos. No tenemos una orden de allanamiento. Será mejor que vayamos a buscar una.

—No hay tiempo —saltó John.

Recordaba la extraña conducta de Akiko la noche anterior. Akiko estaba en problemas. Abrió la puerta con la ganzúa y los dos hombres entraron en el departamento.

Todo parecía en orden. En ninguna parte se veían señales de lucha. John miró el dormitorio. Nadie había dormido en esa cama.

—Ella no ha estado en toda la noche —dijo John.

Los dos hombres se encaminaron al estudio. John se quedó parado en el umbral, la boca abierta de par en par. La cabeza del estrangulador estaba en el piso, rota en una docena de trozos. También el detective Blake la miraba con estupor.

—¿Por qué habrá hecho eso?

—Ella no lo hizo —dijo John.

—¿Quién, entonces?

—El estrangulador.

Y de pronto John cayó en la cuenta de que la noche anterior, cuando Akiko había actuado de manera tan extraña, el estrangulador estaba con ella. *Qué tonto que fui*, pensó John. *Debería haberme dado cuenta de que algo pasaba*. ¿Akiko seguiría con vida? Y en ese momento John recordó algo. No había llovido la noche antes, y el estrangulador sólo mataba con la lluvia.

Tomó el teléfono y discó un número.

—¿A quién llama? —preguntó el detective Blake.

—Al Servicio Meteorológico.

Una grabación dijo:

—Para esta noche, ochenta por ciento de probabilidades de lluvia. Habrá vientos del nordeste... —John colgó el tubo con un golpe. Esa noche llovería. Si él no la encontraba antes, Akiko moriría.

John se acercó a los trozos de arcilla diseminados por el piso. Los observó un momento y luego dijo:

—Trate de encontrar una bolsa en la casa.

—¿Una bolsa?

—Sí. Llevaremos a Scotland Yard los trozos de arcilla que forman la cabeza.

Akiko estaba de nuevo dentro del placard. Pero, esta vez, Alan usó una cuerda más gruesa y la ató tan fuerte a la silla que ella tuvo ganas de gritar. Pero no podía hacerlo por la mordaza.

—Te has portado muy mal —le dijo Alan—, y debo castigarte.

Sostuvo frente a sus ojos la cuerda que usaba para estrangular.

—¿Recuerdas lo que sentiste cuando tenías esto alrededor del cuello? Pues ahora volverás a sentirlo. Sólo que esta vez no habrá nada que nos interrumpa. No te molestes en tratar de huir. No pienso dejarte sola.

En Scotland Yard, tres expertos unían los trozos para tratar de armar la escultura de arcilla de la cabeza del estrangulador.

—El tipo no hizo un buen trabajo al romper esto —dijo uno de los expertos—. Se rompió limpiamente, así que es fácil reconstruir la cabeza.

Cuando terminaron la tarea, la cabeza mostraba algunas rajaduras pero las facciones se veían muy bien.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó el detective Blake.

—Consigue una cámara Polaroid y fotografíala. Quiero que después hagas como cien copias, lo más rápido posible.

—De acuerdo.

John en persona llevó la primera copia a la galería del señor Yohiro. Se la mostró al dueño.

—¿Este es el periodista que vino ayer?

—Sí, ése es el hombre.

John consultó su reloj. Eran las cinco de la tarde. Sólo tenía algunas horas antes de que empezara a llover y Akiko muriera.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 12

Akiko sabía que iba a morir. Seguía sentada en ese placard oscuro, amordazada y atada, imposibilitada de moverse. Ni siquiera podía intentar escapar, porque el estrangulador estaba en el cuarto contiguo.

¿*Qué espera?*, se preguntó Akiko. Habría estado todavía más asustada si hubiera sabido que él esperaba que lloviera.

Y sólo faltaban pocas horas para que comenzara la lluvia.

En Londres se preparaba la más grande cacería de un hombre. John había hecho hacer cien copias de la fotografía de la cabeza del estrangulador, y los agentes policiales uniformados recorrían las calles de Whitechapel mostrando esas fotos a los residentes de la zona, con la esperanza de que alguno lo identificara.

John tuvo una reunión con el inspector West.

—¿No cree que deberíamos mostrar esas fotografías por todo Londres? —preguntó el inspector West—. ¿Por qué está tan seguro de que lo encontrará en Whitechapel?

—Porque todas sus víctimas fueron asesinadas allí —dijo John con empecinamiento—. Estoy seguro de que las elige a todas en los supermercados locales.

Deseaba con impaciencia que la reunión terminara porque quería ir él mismo a Whitechapel. Sabía que Akiko estaba en manos del estrangulador y no podía soportar la idea de que algo le pasara.

—Está bien —dijo por último el inspector West—. Le daré todos los hombres que necesite. Encuentre al homicida antes de que vuelva a matar.

La cacería del hombre había comenzado.

John dividió el distrito en secciones y le asignó un sector diferente a cada uno. Un detective entró en una gran tienda con varias secciones y le mostró la fotografía del asesino al gerente.

—Estamos buscando a este hombre —dijo el detective—. ¿Lo ha visto usted?

El gerente miró la fotografía y sacudió la cabeza.

—No.

—¿Le importa que les muestre la fotografía a sus empleados?

Pero ninguno de ellos pudo identificarlo.

La policía cubrió las farmacias, las peluquerías, las ferreterías y los almacenes. Nadie había visto jamás al hombre de la fotografía.

El detective Blake le dijo a John:

—Las cosas no van bien, sargento. No obtenemos resultados. Quizás el inspector West tiene razón. Tal vez el hombre vive en otra parte y sólo viene aquí a elegir a sus víctimas.

—Yo no lo creo —dijo John—. Tengo la fuerte sensación de que sí vive por aquí.

Levantó la vista, miró el cielo, se acercó a una cabina telefónica y marcó un número.

—¿A quién llama?

—Al Servicio Meteorológico.

Una grabación dijo:

—... y hay viento del nordeste a quince kilómetros por hora. Un centro de alta presión se desplaza sobre la costa y se espera lluvia muy fuerte. La temperatura es de...

John colgó el receptor con un golpe.

—Va a llover —le dijo al detective Blake—. Diles a los hombres que trabajen más a prisa. ¡Apresúrate!

En el departamento de Alan, el estrangulador miraba por la ventana: nubes oscuras comenzaban a agruparse en el cielo. *Pronto*, pensó con alegría, *pronto lloverá*.

Pensó en la mujer encerrada en el placard y sonrió. Dentro de un rato estaría muerta.

Fue John el que encontró a alguien que podía identificar a Alan Simpson. Ocurrió en el almacén donde Alan hacía sus compras. El empleado dijo:

—Por supuesto, lo conozco. Viene aquí regularmente.

El corazón de John pegó un brinco.

—¿Sabe cómo se llama?

—No, pero sí sé que vive cerca.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó John.

—Bueno, porque un día entró y compró muchas cosas, y yo le pregunté si no quería que lo ayudara a llevarlas a su casa, y él me contestó que no, que sólo vivía a pocas cuadras de aquí.

Dos minutos después, John hablaba por el transmisor policial.

—Que trasladen enseguida a este sector a todos los agentes involucrados en el caso. —Dio la dirección—. Quiero que verifiquen cada departamento en un área de cuatro cuadras. ¡De prisa!

Los agentes de policía pasaron de puerta en puerta y les mostraron la fotografía a los inquilinos.

—¿Ha visto alguna vez a este hombre?

—No. ¿Quién es?

—¿Ha visto alguna vez a este hombre...?

—Se parece mucho a mi difunto marido.

—¿A su difunto marido?

—Sí. Falleció hace diez años...

—¿Ha visto alguna vez a este hombre...?

—No. ¿Para qué quiere saberlo?

Y, de pronto, un golpe de suerte.

—¿Ha visto alguna vez a este hombre?

—Sí, claro. Vive en esta cuadra...

Dos minutos después, John en persona hablaba con esa inquilina.

—¿Usted le dijo al agente que conocía a este hombre, señora?

—Bueno, no sé cómo se llama, pero solía toparme con él todo el tiempo. Últimamente no lo he visto. Vive en el edificio que está en la vereda de enfrente.

John cruzó la calle y entró en el edificio de departamentos. El encargado dijo:

—¿En qué puedo servirlo?

John le mostró la fotografía del estrangulador.

—¿Conoce a este hombre?

—Sí, por supuesto. Es Alan Simpson, uno de los inquilinos.

—¿Vive aquí?

—Vivía —dijo el encargado—. Lo eché hace algunas semanas.

Ése fue un golpe para John.

—¿Qué?

—Sí. Estaba haciendo una serie de cosas raras. Yo no necesito inquilinos así, de modo que le dije que se fuera.

—¿Tiene alguna idea de adónde se mudó?

El encargado se encogió de hombros.

—No. Un camión de mudanzas se llevó a sus muebles y a él, y desde entonces no he vuelto a verlo.

John pensó con rapidez.

—¿Un camión de mudanzas? ¿Alcanzó a ver el nombre de la compañía?

—No. Si quiere que le diga la verdad, no me interesaba. ¿Por qué lo busca? ¿Ha hecho algo malo?

Lo peor que puede hacer una persona, pensó John.

Media docena de agentes de policía se movilizaron y llamaron por teléfono a todas las empresas de mudanzas de la zona. En el sexto llamado tuvieron suerte.

—Sí —dijo una voz en el otro extremo de la línea—, hace alrededor de tres semanas mudamos a un hombre de esa dirección.

—¿Tiene la dirección a la que se mudó? —preguntó John.

—Por supuesto —dijo el hombre y se la dio.

Comenzaba a llover. Alan Simpson estaba listo. Asomó la cabeza por la ventana y sintió la deliciosa caricia de la lluvia sobre la cara. Ahora podría llevar a cabo lo que Dios quería que hiciera. Enviaría al infierno a otra alma malvada.

Se acercó al placard y abrió la puerta. Akiko seguía sentada en la silla, tratando de liberarse de la cuerda que la sujetaba. Alan sonrió.

—Ya no necesitas luchar más. Yo te liberaré.

Por un instante, en los ojos de Akiko brilló la esperanza. Pero cuando vio la expresión de ese hombre, supo que eran vanas ilusiones. El tipo estaba loco.

—Te castigaré —dijo Alan— por tratar de entregarme a la policía. Eres una chica muy mala. ¿Lo sabes?

Ella trató de contestar, pero la mordaza se lo impidió.

—Oh, sí —dijo Alan—, y ¿sabes qué hacemos con las chicas malas? Ya lo averiguarás.

Fue a la cocina, abrió las puertas de la alacena y comenzó a llenar la bolsa de compras con comestibles que había en los estantes. Todo debía hacerse exactamente igual que con las demás mujeres que había matado. Ella debía llevar una bolsa de compras cuando la asesinara. La única diferencia sería que sostendría un cuchillo contra su garganta para asegurarse de que no huyera, y después la estrangularía.

Terminó de poner los comestibles en la bolsa y fue a buscar su paraguas. *Todo debe ser exactamente igual.*

—Tengo la dirección donde vive ese tipo —dijo John.

—¿Qué pasará si no la tiene allí? —preguntó el detective Blake.

John ya lo había pensado. Contaba con que el estrangulador tuviera prisionera a Akiko en su departamento. Si se equivocaba, Akiko moriría.

—Es la única oportunidad que tenemos —dijo John—. ¡Vamos!

Se metieron en el patrullero policial y John le dijo al conductor:

—¡Apúrese!

El chofer giró la llave del arranque, pero no pasó nada. La batería estaba agotada.

—Bueno —le dijo Alan a Akiko—, saldremos a dar un lindo paseo.

Akiko sabía lo que eso significaba. Sacudió la cabeza con violencia.

—No me causes problemas —dijo Alan—, si no quieres que te corte ese cuello tan bonito. —Oprimió la hoja del cuchillo en su garganta y ella dejó de moverse.

—Así está mejor. Ahora te desataré. Te quedarás sentada en esa silla hasta que yo te diga que te levantes. ¿Entendido? —Akiko no contestó. Él apretó el cuchillo contra el cuello. Ella asintió—. Así me gusta.

Utilizó ese cuchillo filoso para cortar las cuerdas que la sujetaban. En menos de un minuto, Akiko quedó libre. Trató de levantarse, pero se sintió mareada.

Se llevó la mano a la frente.

—Creo que estoy por desmayarme —dijo.

—Si lo haces, te mataré aquí mismo. —No quería matarla allí. Quería hacerlo bajo la lluvia, para que fuera purificada. Le aferró un brazo—. ¡Salgamos!

Tomó la bolsa de compras y la puso en brazos de Akiko.

—¿Qué está...?

—¡Cállate la boca y haz lo que te digo! Fingiremos que has comprado estos comestibles en un supermercado, y que cuando estás por salir ves que llueve pero no tienes paraguas. ¿Has entendido? —Akiko asintió, demasiado aterrada para discutirle nada—. Y después te ofrezco acompañarte a tu casa, porque yo tengo paraguas.

Tomó el paraguas y condujo a Akiko a la puerta.

—Ahora saldremos. Si llegas a hacer un solo ruido, te cortaré el cuello. ¿Está claro?

Ella trató de hablar, pero tenía la garganta demasiado seca. El departamento de Alan estaba en el primer piso del edificio, y él la tomó del brazo al bajar por las escaleras. Con la otra mano empuñaba el cuchillo.

Akiko rogaba al cielo que se cruzaran con alguien por la escalera. Alguien que pudiera ayudarla. El vestíbulo estaba desierto. Llegaron a la puerta de calle. Alan le sonrió y levantó el paraguas.

—¿Ves qué caballero soy? Te acompañaré a tu casa bajo la lluvia.

Está completamente loco, pensó Akiko. Que Dios me ayude. Pero no había nadie para ayudarla. La calle estaba oscura y desierta. Alan apretó más fuerte el brazo de Akiko y los dos salieron a la lluvia.

Para Alan fue una vivencia maravillosa. Sintió cómo crecía en su interior esa antigua excitación. Se sentía Dios. Dentro de un momento, tomaría en sus manos otra vida humana. Él era todopoderoso. Sabía lo mucho que lo buscaba la policía, pero ellos no podían igualar su astucia.

Avanzaron por la calle y Alan vio que más adelante había un sector completamente a oscuras. Todos los faroles de la calle estaban rotos. ¡*Perfecto!*, pensó.

Akiko trató de caminar más despacio, pero Alan la empujó hacia adelante. Estaba impaciente por hacer eso que disfrutaba tanto.

Para Akiko, era una pesadilla espantosa. Estaba reviviendo la terrible escena de varias noches antes, cuando él la escoltó hacia otra calle oscura y trató de estrangularla. Algo accidental la había salvado en aquella oportunidad, pero esta vez no había nada para salvarla.

Comenzó a llover más fuerte. Akiko se dio cuenta de que Alan apartaba el paraguas y se paraba detrás de ella. Y sintió un golpe fuerte en la espalda y dejó caer la bolsa de compras. Un instante después, tenía un trozo de cuerda alrededor del cuello y Alan la miraba, sonriendo.

En ese momento, media docena de reflectores iluminaron la escena. Los dos se encontraban rodeados por vehículos policiales estacionados a lo largo de la calle. Alan levantó la vista, sorprendido.

—¿Qué...?

—Suelte la cuerda y el cuchillo —le ordenó John—. ¡Ya!

Alan miró en todas direcciones, perplejo. Alcanzó a distinguir la silueta de una docena de agentes de policía que avanzaban hacia él. ¿Cómo habían hecho para encontrarlo?

—Dije que los soltara —repitió John.

Pensaban despojarlo de su víctima. Pues bien, él no se lo permitiría. Le haría pagar a esa mujer por lo que había hecho. Ella era su madre y debía morir.

Alan levantó el cuchillo y gritó:

—¡Muere!

En ese instante, se oyó un disparo y Alan cayó al suelo.

John bajó el arma y corrió hacia Akiko.

—¿Estás bien?

Ella lo rodeó con los brazos.

—Gracias a Dios que estás aquí. —Sollozaba.

Él se arrodilló y le tomó el pulso a Alan. No lo tenía. Miró a Akiko.

—Siento no haber podido llegar aquí antes —dijo.

Cuando el patrullero policial no arrancó, John había detenido a un automóvil particular y ordenado a su conductor que los llevara a la dirección donde vivía Alan. Mientras tanto, había usado el transmisor de la policía para enviar a otros patrulleros policiales al lugar. Les ordenó que estacionaran y no hicieran nada.

John estaba en la vereda de enfrente cuando Akiko y Alan salieron del edificio, y esperó hasta poder dispararle al estrangulador sin poner en peligro a Akiko. Finalmente, todo había terminado.

En el Departamento de Policía, John era considerado un héroe. El inspector West y todos los otros policías lo felicitaban por su brillante trabajo.

—Me gustaría que fuera un integrante permanente de Scotland Yard.

—Se lo agradezco mucho, señor.

Era demasiado joven para merecer un honor semejante.

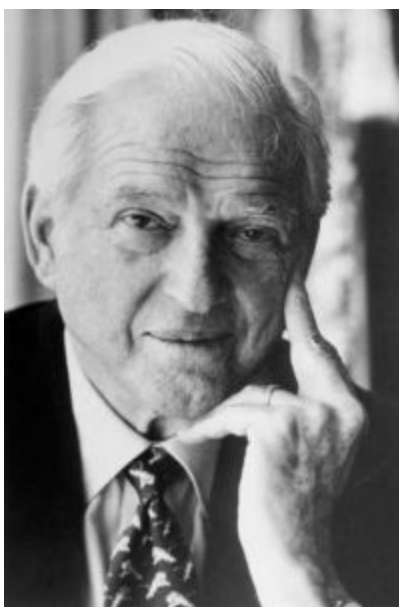
—A propósito —dijo el inspector West—. Mi esposa y yo ofrecemos esta noche una cena con pocos invitados. Si está libre, me gustaría mucho que viniera.

—Muy amable de su parte —dijo John—, pero tengo un compromiso.

—Bueno, otra vez será.

—Sí, señor.

El compromiso de John era con Akiko. Cenaría con ella esa noche y en el fondo de su corazón sabía que Akiko y él cenarían juntos todas las noches por el resto de sus vidas.



SIDNEY SHELDON. Nació en Chicago (Illinois), en una familia de inmigrantes judíos —su verdadero nombre era Sidney Schechtel—. Asistió a la Northwestern University, ya escribiendo por entonces pequeñas obras de teatro. En 1937 marchó a Hollywood, trabajando en la revisión de guiones para películas de serie B. Tras la Segunda Guerra Mundial, se afincó en Nueva York, dedicándose a la escritura de comedias musicales para Broadway y, amparado en el éxito que había obtenido, regresó a Hollywood, donde continuó escribiendo guiones cinematográficos, también acompañados de éxito. También produjo conocidas series de televisión, en ocasiones con seudónimos. En 1969, ya con cincuenta y dos años, publicó su primera novela *Cara descubierta*, con la que ganó el premio Mejor Primer Novela de los Escritores Norteamericanos de Misterio. Sus obras posteriores también obtuvieron el reconocimiento de crítica y público.